

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 363.



EXPEDICION CONTRA LOS BENI-SNASSEN. — ÚLTIMO ASALTO DE LA ALTURA DE AIN-TAFFURALT. (Véase el parte oficial en la página 399.)

## SUMARIO.

Expedición contra los Beni-Snassen; grabado. — Estudios históricos. — Elegía. — Sobre el mar — La flor de mi esperanza. — Revista de París. — El emperador y la emperatriz atravesando el salón de guardias de Compiegne; grabado. — Banquete en el gran comedor del palacio de Compiegne; grabado. — Fuegos artificiales en el parque del palacio de Compiegne; grabado. — Representación en el teatro de la corte en Compiegne; grabado. — Redención. — Costumbres de los marroquíes. — Recuerdos de la batalla de Magenta; grabado. — Documentos diplomáticos relativos al rompimiento de España con Marruecos. — La fiesta de Navidad; grabados. — Soneto. — Dios y la mujer culpable. — Revista de la moda. — La expedición francesa contra Marruecos; grabado. — Expedición de la China; grabado.

## Estudios históricos.

## ALONSO PITA DE VEIGA EN LA BATALLA DE PAVIA.

Desde el año de 1525 en que se dió la famosa batalla de Pavía, hasta la fecha de hoy, son muchas las historias que se han escrito, las relaciones que se han ordenado, y las referencias que se han hecho de aquella gloriosa jornada. Pero introducido el error, ó sostenida la negligencia de los que, entrando en detalles, cambiaron algunos nombres y omitieron otros de los soldados españoles que más se distinguieron en la acción, todavía hasta nosotros no se había podido averiguar con certeza á quién se deben en realidad las primicias del triunfo por la prisión del rey Francisco I de Francia, allí rendido al esfuerzo de nuestras gentes.

Cúpole en suerte á nuestro buen amigo y reputado escritor el señor don Manuel Juan Diana el tropezar con el privilegio de nobleza que á poco tiempo después de la batalla otorgó el emperador Carlos V al hombre de armas Diego Dávila, andaluz de la ciudad de Granada, y el primero que obtuvo prendas del rey en señal de rendimiento.

Es verdad que de este soldado, así como de algunos otros que en el acto de la prisión asistieron, ya varios historiadores ó coronistas habían dado cuenta por sus nombres; pero también lo es que los servicios no quedaron bien definidos por entonces, y aun hoy en la *Historia general de España* que ve la luz pública, tampoco se hace de ellos la distinción que se merecen y podrían obtener, en especial después de haberse publicado aquel privilegio de hidalguía por el citado escritor don Manuel Juan Diana, primero en el *Semanario Pintoresco Español*, y luego en su obra titulada *Capitanes ilustres y revista de libros militares*.

Resalta y se hace tanto más notable la omisión de esta cita, cuanto que el ilustrado autor de la sobredicha *Historia general* se entretuvo algunos meses registrando los papeles del archivo de Simancas donde el privilegio original se custodia. Es verdad que no meses sino años y muchos se necesitan para coleccionar los diplomas indispensables al buen desempeño de semejante obra, y que un historiador para escribir una historia general no puede entretenerse en todas las minuciosidades que el exámen de los archivos le suministre, aun cuando sirvan al propósito de aclarar hechos dudosos ó desvanecer errores manifiestos.

Tal vez á esta consideración se subordinó el distinguido escritor de la *Historia de España*, bien que la especialidad del caso le relevase de ella: que no se ganan en cada campaña victorias como la de Pavía, ni es frecuente tampoco la rendición de un monarca. Como quiera que sea, y aun á trueque de parecer difusos, á nosotros se nos figura que la historia no perderá nada, y que la gloria local ganará mucho con que se sepa quiénes fueron los primeros soldados del ejército español que rindieron al rey de Francia y lo tomaron en calidad de prisionero.

Y puesto que ya el señor Diana en los lugares citados ha hecho memoria del hombre de armas andaluz publicando su carta de hidalguía, cumple hoy á nuestra buena fortuna dar á la estampa la que por el mismo servicio y en los términos que más adelante se verán, otorgó también el emperador á un Alonso Pita de Veiga, gallego de nación, reputado ya por envidiables hazañas en el ejército de Italia, y ascendiente de una ilustre familia de militares distinguidos, que ha realizado más de una vez los altos merecimientos del real cuerpo de artillería de marina.

Hé aquí el privilegio en los términos que lo otorgó el emperador á los cuatro años después de la batalla.

«Don Carlos, por la divina clemencia emperador siempre augusto, rey de Alemania, Doña Juana su madre y el mismo Don Carlos, por la gracia de Dios, reyes de Castilla, etc.: Acatando los buenos y leales servicios que vos, Alonso Pita de Veiga, gallego, nuestro vasallo, nos habeis hecho en todas las guerras que se han ofrecido, así en España como en Italia donde os habeis hallado, especialmente en la batalla de Bicencio, que don Ramon de Cardona, visorey y capitán general que fué del católico rey nuestro abuelo y señor, que haya santa gloria, en el nuestro reino de Nápoles dió contra Bartolo de Albiano, capitán general de venecianos, donde os hallastes y señalastes muy bien, y lo mismo en la batalla que Próspero Colona, que fué nuestro capitán general de Italia hubo en la Vicoa con M. de Ecur, capitán general del rey de Francia y de su ejército; y así mismo en la que Don Carlos duque de Borbon, nuestro capitán general que fué de Italia, y don Carlos de Lonoy, nuestro visorey de Nápoles, y don Francisco Hernando Dávalos de Aguicio, marqués

de Pescara, nuestro capitán general de infantería, dieron en Gatinara al ejército de franceses, de que era capitán general el almirante de Francia, donde os hallastes y señalastes como hombre de buen ánimo y esfuerzo, de todo lo cual soy informado y certificado por cartas de los dichos nuestros capitanes generales de Italia y de otras personas que de allá han venido: y demás dello nos consta y es claro y notorio que en la batalla sobre Pavía que los dichos duques de Borbon y don Carlos de Lonoy y marqués de Pescara hubieron con el rey de Francia, donde le desbarataron y prendieron, vos, continuando vuestra lealtad y esfuerzo y el deseo que tenéis de nos servir, peleastes como valiente hombre y cobrastes de poder de franceses el estandarte del serenísimo infante Don Fernando, que agora es rey de Ungría, nuestro muy caro y muy amado hijo y hermano, en el cual iba la insignia del nuestro ducado de Borgoña, y lo tomaron los franceses habiendo muerto al alférez que lo traía, en prueba de la cual hazaña os ficimos merced de seiscientos ducados de oro, y en la batalla ficistes tanto que allegastes á la misma persona del dicho rey, y fuistes en prenderle, juntamente con las otras personas que le prendieron, y vos le quitastes la manopla izquierda de su arnés y una banda de brocado que traía sobre las armas con cuatro cruces de tela de plata y un crucifijo de la Vera Cruz, de lo cual el mismo rey de Francia hizo fe y testimonio por una cédula firmada de su propia mano, y nos vos hicimos merced por ella de treinta mil maravedís cada año para toda vuestra vida, allende de vuestro salario ordinario de hombre de armas; en memoria de lo cual, y porque los emperadores y reyes y príncipes acostumbran honrar y hacer mercedes á los que bien les sirven, para que en sus linajes y sucesión quede de ellas perpetua memoria, y otros á ejemplo dellos se esfuerzen y animen á bien servir.

»Por la presente de nuestro propio motu y ciencia cierta y poderío real absoluto de que en esta parte queremos usar y usamos como reyes y señores naturales, es nuestra merced y voluntad de os hacer merced y conceder y dar por armas un escudo cuarteado, el campo del cuarto de encima colorado de color de sangre y en él una manopla en señal de la que tomastes al dicho rey de Francia, y una corona real de oro un poco más arriba de la dicha manopla; y del cuarto de abajo el campo azul con tres flores de lisas de oro que son las verdaderas armas de los reyes de Francia; y el cuarto derecho tenga el campo colorado como el campo de arriba, y en él la banda subsodicha con sus cruces, y en él el dicho estandarte del serenísimo rey de Ungría, con las armas de nuestro ducado de Borgoña, y timbrado dicho escudo según y de la manera que va puesto y timbrado aquí: las cuales dichas armas vos damos y concedemos para vos y vuestros hijos y descendientes nacidos y por nacer y sus descendientes de ellos perpetuamente para siempre jamás, etc. Dada en Barcelona á 24 de julio, año del nacimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo de 1529 años. — Yo el Rey — Yo Pedro de Casasola, secretario de sus Cesáreas y Católicas Majestades la fice escribir por su mandado. — Idiaguez.»

Tomóse este traslado en el *Archivo general de Simancas*, del legajo 388 correspondiente á los que se titulan de «Mercedes y privilegios.» Al insertarlo en este lugar hemos suprimido las fórmulas de su conclusion, porque sin añadir nada á la sustancia del escrito, acabarían por hacerlo empalagoso. Pudiéramos haber hecho lo mismo con los preliminares de la gracia, pues para acreditarla, una mención cualquiera sería suficiente, citando además el lugar donde todo el privilegio se custodia. Sin embargo, y aun aparte de la fuerza que dan á los mejores discursos los más triviales diplomas, con tal que sean auténticos, todavía en el presente descuella una serie de gloriosos hechos, que fuera negligencia el no citarlos.

Aquellas, bajo la mano del Gran Capitán inauguradas, campañas famosas en el reino de Nápoles, seguidas por el célebre don Ramon de Cardona y por el insigne marqués de Pescara, hasta el solemne triunfo de Pavía, recuérdanse en esa merced como monumento imperecedero del poder de nuestras armas sobre las más acreditadas, en una época esencialmente belicosa.

Del temple de aquel valeroso soldado gallego, eran á la sazón todos los soldados españoles; y de esa brillante escuela de guerreros que sobre el Garelano habían hecho doblar la cerviz á las mejores tropas del universo, y que en Pavía conquistaban para sus blasones coronas de monarcas, salieron aquellos que empuñando con gloria las banderas de la fe, llevaron la de Nuestro Redentor por ignotos caminos y la extendieron triunfante por todo el nuevo mundo.

JOSÉ FERRER DE COUTO.

## Elegía.

## FIDELIA.

Et dans chaque feuille qui tombe  
Je vois un présage de mort!

MILLÉVOYE.

Bien me acuerdo.—Hace diez años  
Y era una tarde serena...  
¡Yo era joven y entusiasta,  
Pura, hermosa y virgen ella!

Estábanos en un bosque  
Sentados sobre una piedra,  
Mirando á orillas de un río  
Cómo temblaban las yerbas.  
Yo no soy el que era entonces:  
Corazon en primavera,  
Llama que sube á los cielos,  
Alma sin culpas ni penas.  
Tú tampoco eres la misma,  
No eres ya lo que tú eras,  
Los destinos han cambiado,  
¡Yo estoy triste y tú estás muerta!

Le hablé al oído en secreto  
Y ella inclinó la cabeza,  
Rompió á llorar como un niño,  
Y yo amé por vez primera.  
Nos juramos fe constante,  
Dulce gozo y paz eterna,  
Y llevar al otro mando  
Un amor y una creencia.  
Tomamos ¡ay! por testigos  
De esta entrevista suprema,  
Unas aguas que se agotan,  
Y unas plantas que se secan...  
Nubes que pasan fugaces,  
Auras que rápidas vuelan,  
La música de las hojas  
Y el perfume de las selvas.  
No consultamos entonces  
Nuestra suerte verdadera,  
Y en alas de la esperanza  
Lanzamos finas promesas;  
No vimos que en torno nuestro  
Se doblegaban enfermas,  
Sobre los débiles tallos  
Las flores amarillentas;  
Y en aquel loco delirio  
No presumimos delirio,  
Que yo al fin me hallara triste,  
¡Que tú al fin te hallaras muerta!

Después en tropel alegre  
Vinieron bailes y fiestas,  
Y ella expuso á un mundo vano  
Su hermosura y su modestia.  
La lisonja que seduce,  
Y el engaño que envenena,  
Para borrar mi memoria  
Quisieron besar sus huellas;  
Pero su arcángel custodio  
Bajó á cuidar su pureza,  
Y protegió con sus alas  
Sus ilusiones primeras;  
Conservó sus ricos sueños,  
Y para dicha mas cierta  
En el vaso de su alma  
Guardó el olor de las selvas;  
Guardó el recuerdo apacible  
De aquella tarde serena,  
Mirra de santos consuelos,  
Aloe de la inocencia.  
Yo no tuve ángel de guarda,  
Y para colmo de penas  
Desde aquel mismo momento  
Está en eclipse mi estrella;  
Que en un estrado una noche  
Al grato son de la orquesta,  
Yo no sé por qué motivo  
Se enlutaron mis ideas,  
Sentí un dolor misterioso,  
Torné los ojos á ella,  
Presentí lo venidero,  
¡Me vi triste y la ví muerta!

Con estos temores vagos  
Partí á lejanas riberas,  
Y allá bañé mis memorias  
Con una lágrima acerba;  
Juzgué su amor por el mío,  
Entibióse mi firmeza,  
Y en la duda del retorno  
Olvidé su imagen bella.  
Pero al volver á mis playas  
¿Qué cosa Dios me reserva?...  
Un duro remordimiento,  
¡Y el cadáver de FIDELIA!

Baja Arturo al Occidente  
Bañado en púrpura régia,  
Y al soplo del manso alisio  
Las éolias arpas suenan;  
Gime el ave sobre un saúce  
Perezosa y soñolienta,  
Se respira un fresco ambiente,  
Huele el campo á flores nuevas:

Las campanas de la tarde  
Saludan á las tinieblas,  
Y en los brazos del reposo  
Se tiende naturaleza.  
;Y tus ojos se han cerrado!  
;Y llegó tu noche eterna!  
;Y he venido á acompañarte!  
;Y ya estás bajo de tierra!...  
;Bien me acuerdo! — Hace diez años  
Dé aquella santa promesa,  
Y vengo á cumplir mis votos  
Y á verte por vez postrera.  
Ya he sabido lo pasado,  
Supe tu amor y tus penas;  
Y hay una voz que me dice  
Que en tu alma inmortal me llevas.  
Mas lo pasado fué gloria,  
Pero el presente, FIDELIA,  
El presente es un martirio...  
;Yo estoy triste y tú estás muerta!

### Sobre el mar.

And nox J'm in the world alowe  
Upon the wide, wide sea!  
BYRON.

Hinchaba el viento las lonas,  
La quilla espumas hollaba,  
Y en la popa tremolaba  
Orgullosa el pabellón;  
Y yo á la borda del buque,  
Lloroso y meditabundo,  
Llevaba en mi mente un mundo  
De entusiasmos y de ilusiones.  
La gaviota pasajera  
Las blancas alas batía,  
Y el sol entero se hundía  
Tras un cielo azul turquí;  
Y yo mirando al Poniente  
Suspiré en aquel instante,  
Y al verme solo y errante  
Me puse á pensar en tí.  
Entonces ¡ay! como nunca  
Lloré mi tiempo perdido,  
Y lamenté arrepentido  
Mis ignorancias de ayer.  
Y maldije aquellas horas  
De perversas amistades,  
Y las locas mocedades,  
Y el abuso del placer...  
Me acordé de muchas cosas  
Que ya olvidadas tenía,  
Y de aquel hermoso día  
En que yo te conocí;  
Me acordé de aquellas noches  
De baile y grato desvelo,  
Y con la vista en el cielo  
Me puse á pensar en tí.  
Junto al mástil recostado  
Cantando un marino estaba,  
Que como yo se gozaba  
En sentir y recordar;  
Y devoraban las brisas  
Sus quejas en el camino,  
Que este es el friste destino  
Del que canta sobre el mar.  
Hablaban los pasajeros  
De sus patrias diferentes,  
De las nubes esplendentes  
Que pasaban por allí;  
De alguna vela distante  
Que hacía nosotros venía...  
Y yo entre tanto, alma mía,  
Me puse á pensar en tí.  
Harto de penas y goces,  
Vestida el alma de luto,  
Juzgué que no daban fruto  
Mis esperanzas en flor;  
Y asido al árbol sagrado  
De mis nobles pensamientos,  
Te envié en alas de los vientos  
Los suspiros de mi amor.  
Apoyé la sien ardiente  
En el hueco de la mano,  
Y con la voz del Océano  
Sosegado me dormí:  
De mí ser apoderóse  
Un suave y grato beleño,  
Y aun en los brazos del sueño  
Me puse á pensar en tí.

JUAN CLEMENTE ZENEA.  
(De la isla de Cuba.)

### La flor de mi esperanza.

SONETO.

Una flor cultivé que trasplantada  
Fué por mis manos de pensil florido,  
Logrando verla sobre talle erguido  
Columpiar la corola nacarada.

Por esencia suave y aromada  
Vi su cáliz también enriquecido,  
Y entonces el corazón de gozo henchido  
Solo latió para su flor preciada.

¡Oh, cuán feliz me hallé! Corrí afanoso  
En mi seno á prender la flor hermosa  
Que do quiera mostrar pensé orgulloso...

Mas ¡oh dolor! burlando mi alegría  
Hado fatal, con mano rencorosa  
La flor truncó de la esperanza mía.

J. M. BELLO.

### Revista de París.

Alberto de N... y una joven viuda, conocida en los círculos elegantes de París, y muy celebrada por su hermosura, se habían dado palabra de casamiento. Un día, por razón de intereses en que se hallaban comprometidas varias personas, Alberto tuvo que hacer un viaje al extranjero.

La viuda se resignó á esta separación, que solo debía durar algunos días.

Cuando Alberto se hallaba ya fuera de París, una amiga de la señora en cuestión (todas las mujeres tienen amigas por el estilo) la insinuó y acabó por asegurarla que el viaje de Alberto no tenía mas fin que el de reanudar una antigua pasión con una hermosa inglesa.

Muy susceptible como todas las personas que se ven obsediadas continuamente, la viuda se dejó convencer con suma facilidad, é implacable en su resentimiento por una traición que era á su juicio imperdonable, escribió á Alberto, diciéndole que todo estaba concluido, sin entrar en mas explicaciones.

Alberto pidió que le manifestaran los motivos; pero no hicieron mas que devolverle sus cartas cerradas.

Indignado al verse tratado de aquel modo, sin que le recordiera la conciencia en lo mas mínimo, se decidió á olvidar á una mujer que tan poco parecía quererle.

Y así sucedió que en vez de regresar á Francia una vez terminados sus negocios, se embarcó para América, donde estuvo viajando por espacio de tres años.

Hace mes y medio volvía á París radicalmente curado de su amor, y bien decidido á pagar desdenes con desdenes á la hermosa viuda, que conservaba todavía su libertad; y aun se felicitaba de tener en su posesión un bonito medio de venganza.

La viuda, en el tiempo de sus amores, le había hecho jurar que nunca se valdría de un tercero para devolverle sus cartas si llegaba á suceder que él no quisiera ó no debiera guardarlas en su poder. Estas cartas debían ser quemadas ó entregadas en mano propia á la persona que las había escrito.

Ahora bien, Alberto no las había quemado; por consiguiente tenía que hacer una visita á la viuda para devolvérselas, y aquí estaba la ocasión de su venganza.

Una tarde se presentó pues en casa de la viuda, vestido de toda ceremonia, y con un aire de frialdad perfectamente estudiado; en una palabra, como un hombre que jamás ha sido recibido con intimidad.

La viuda confesó despues que al verle de aquella manera se quedó cortada y confusa.

Despues de los saludos de costumbre, Alberto sacó un legajito de cartas, y presentándole á la viuda, la dijo:

—Tengo encargo de entregar á Vd. esto.

—¡Encargo! ¿De quién? exclamó la viuda, sabiendo perfectamente de lo que se trataba.

—De un amigo mío.

—Y ese amigo es Vd.

—No, señora. El amigo que devuelve á Vd. esas cartas ha muerto hace tres años; era un excelente muchacho, pero demasiado inocente para que pudiera ser feliz en el mundo.

La viuda no halló respuesta á estas palabras.

Alberto, variando de conversacion, se puso á hablar de las cosas mas vulgares; luego se levantó, se inclinó respetuosamente y salió antes de que la viuda hubiera podido levantarse del sillón en que se sentía como clavada.

Alberto se hallaba muy contento con su expedición, ó mejor dicho, no pensaba ya en ella, cuando hace cosa de un mes vino á encontrarse con la viuda en una reunión; al inclinarse para saludarla, ella le dijo estas palabras con acento rápido:

—Entre las cartas hay una que no me pertenece; ¿quiere Vd. venir á buscarla mañana por la tarde?

Alberto contestó con una señal afirmativa; pero luego reflexionó que aquello no podía ser verdad; creyó que le armaban un lazo, y deploró haberse comprometido.

No obstante, ya no había mas remedio, tenía que cumplir su palabra.

Alberto acudió á la cita, y efectivamente la viuda le entregó una carta insignificante que le estaba dirigida.

Pidió mil perdones por su atolondramiento, y luego reinó entre los dos un silencio embarazoso para entrambos.

—¿Sin duda me cree Vd. muy culpable? preguntó la joven.

—No tengo ni derecho ni voluntad para reconvenir á Vd., contestó Alberto.

—Pues yo deseo declarar á Vd. que lo sé todo.

—Ordinariamente se emplea esa palabra terrible cuando no se sabe nada.

—¡Nada! Atrévase Vd. á desmentir esto.

Y la hermosa viuda contó la novela que su buena amiga la había confiado.

—¿Qué le parece á Vd.? preguntó cuando hubo concluido.

—Que á esa historia le falta una cosa.

—¿Cuál es?

—Es que sea verdad.

—¿Niega Vd.?

—Si por cierto.

—Pero ¿qué interés habría podido tener en engañarme la persona que me ha enterado de todo? preguntó la viuda, que comenzaba á sentirse turbada con la frialdad y la franqueza de Alberto.

—Yo podría decírselo á Vd. si conociera á esa persona caritativa.

La viuda descubrió su nombre y añadió:

—Me aseguré que se lo había contado su marido, amigo de Vd., y que había merecido de Vd. esa confianza.

—Cada vez lo entiendo menos, dijo Alberto, que comprendía perfectamente; pero afirmo, bajo palabra de honor, que no hay una palabra de verdad en ese cuento.

La viuda vaciló un segundo, y despues alargó su mano.

Alberto quiso resistir; pero estaba tan hermosa, su mirada era tan tierna, que sintió se despertaban en él los antiguos recuerdos, y cayó á sus plantas.

Una hora trascurrió, una hora en que todo parecía olvidado; creyéronse los dos tres años atrás, y se imaginaron que habían vuelto, y para siempre ya, á sus antiguos amores.

—¿Cuándo volveré á ver á Vd.? preguntó Alberto al despedirse.

—Le escribiré á Vd. esta noche, respondió la viuda.

Y añadió con un tono soberbio:

—Para que quede entendido que todo está perdonado.

—¿Confiesa Vd. pues que ha sido cruel é injusta conmigo? preguntó Alberto, que no sabía lo que tenían que perdonarle á él.

—¡Yo! exclamó la viuda con asombro, porque no podía aceptar la idea de humillarse.

Llegó una visita, y Alberto debió salir.

Un mes ha pasado despues de esta escena, y todavía no se han vuelto á ver.

—Es demasiado orgullosa para confesar su falta, dice Alberto, y yo no creo ya bastante en su amor para dar el primer paso. Me ha hecho padecer mucho, y yo he rebajado su orgullo de mujer adorada. Una chispa no basta para encender un fuego que está apagado.

Y hasta ahora no tiene otro desenlace esta historia verdadera.

Días pasados estaba comiendo en el café Inglés un extranjero de distinción. Al cortar un pedazo de carne se le escapó el tenedor, y la salsa saltó sobre el pantalón de un hombre bien vestido, pero muy irascible.

El extranjero se puso encarnado; su vecino murmuraba y sus ojos echaban chispas.

El extranjero, persona de buena educación, se volvió sonriendo hacia el desconocido, y le suplicó cortesmente que disimulara.

El otro tomó sin duda por miedo esta muestra de urbanidad, y al ver que le hablaban humildemente, levantó la voz y manifestó de un modo estrepitoso lo incomodado que se hallaba.

Como el extranjero no es un espadachín, se dijo á sí mismo:

—Esto se enreda.

Pero cuanto mas tímida era su actitud, tanto mas insolente se ponía su adversario.

Todos los que se hallaban en la fonda estaban conmovidos. Por fin, el extranjero se levantó, y representando á las mil maravillas el papel de un hombre furioso, exclamó en estos términos:

—Caballero, se me acaba la paciencia, y ya que me obliga Vd. á ello, le diré que estoy pronto á darle una satisfacción.

El desconocido se apaciguó como por encanto y bajó el tono.

—¿Me ha oído Vd.? prosiguió el extranjero; le ofrezco á Vd. una reparación, y sobre la marcha.

Viéndose en tal apuro, el hombre tomó su sombrero y salió del café.

El otro se sentó y continuó comiendo muy sereno.

Uno de los que estaban en la fonda, viéndole sosegado ya, le dirigió la palabra:

—Ha hecho Vd. muy bien en tapar la boca á ese insolente; pero creo que se comprometía Vd. un poco á la ligera.

—No lo crea Vd.

—Digo tratándose de un hombre como él.

—No, señor, respondió el extranjero, tenía formado mi plan, y de seguro no acertaría cuál es la satisfacción que le ofrecía.

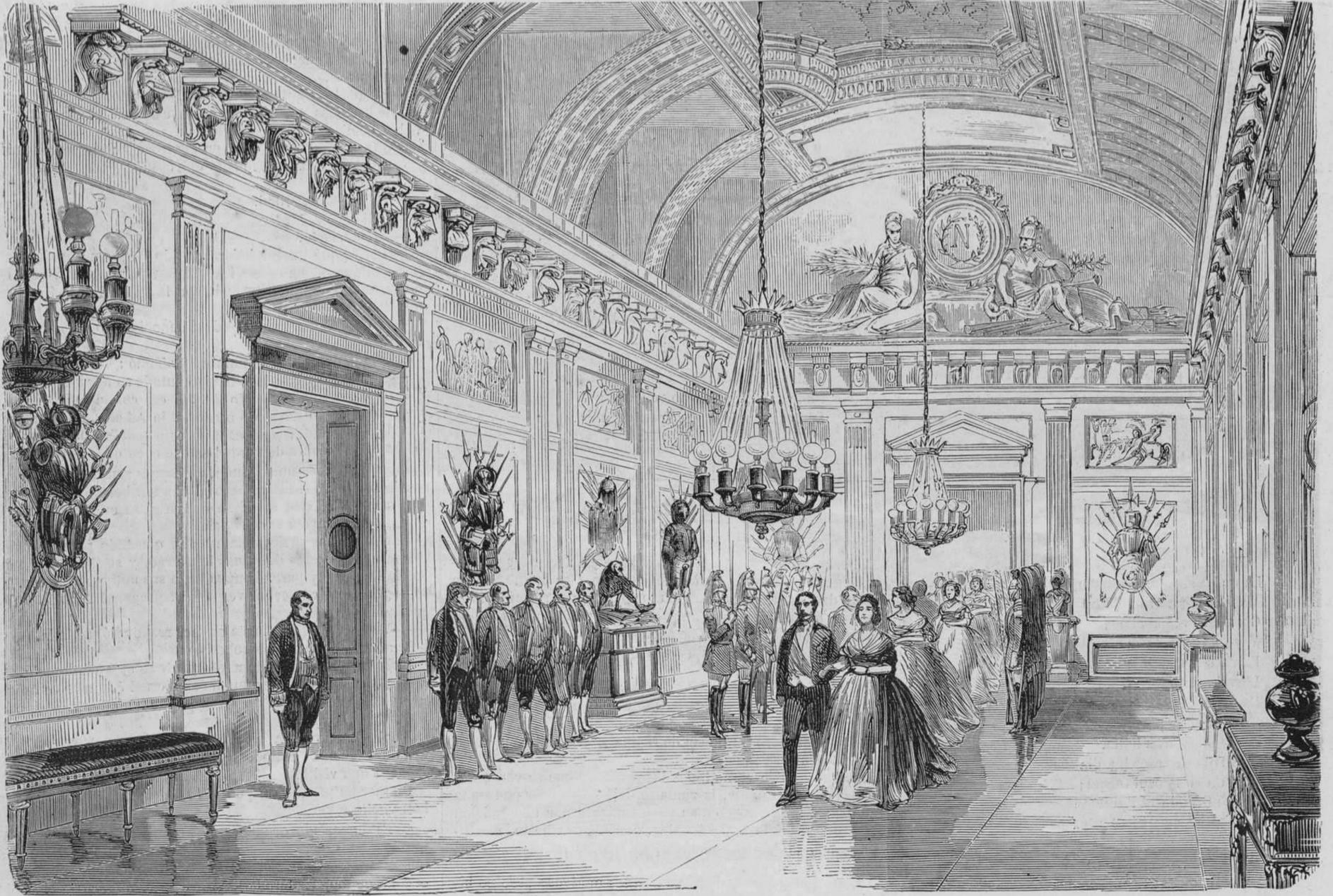
—Veamos.

—Le había dado tres francos y medio para que el quitamanchas le limpiara el pantalón; es todo lo que le debía.

La ocurrencia hizo reír á cuantos estaban en la sala de la fonda.

—Consagramos las dos páginas siguientes á las fiestas que se han dado en Compiègne en celebracion de los días de la emperatriz Eugenia; están figurados el banquete, los fuegos artificiales y la representacion teatral: toda explicacion nos parece inútil en presencia de los dibujos para describir tales magnificencias. — SS. MM. han permanecido en Compiègne hasta el domingo 4 del actual, día en que han regresado á Tullerías.

MARIANO URRABIETA.

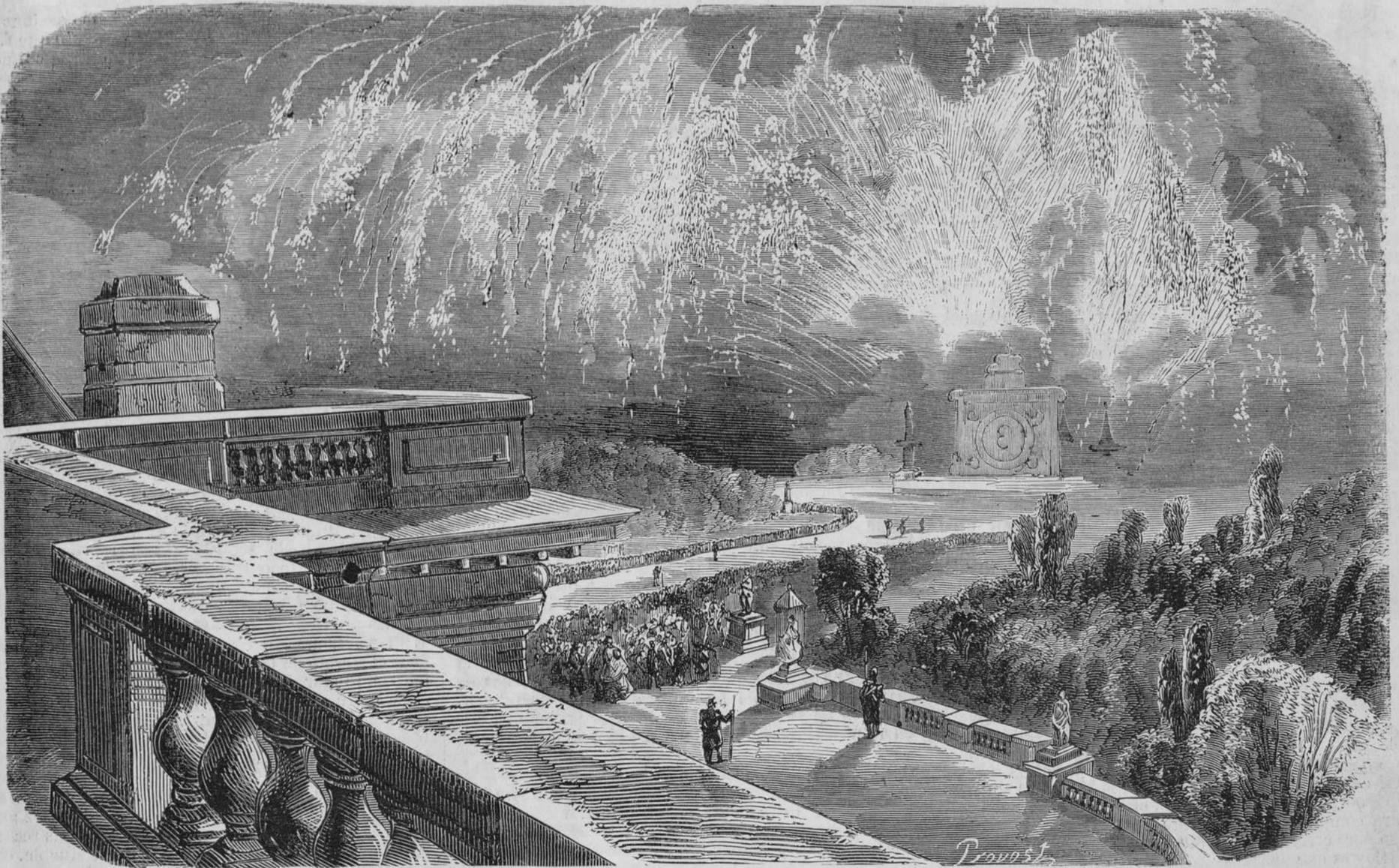


SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ ATRAVESANDO EL SALON DE GUARDIAS DEL PALACIO DE COMPIEGNE PARA ASISTIR AL BANQUETE DADO EN CELEBRACION DE LOS DIAS DE LA EMPERATRIZ.

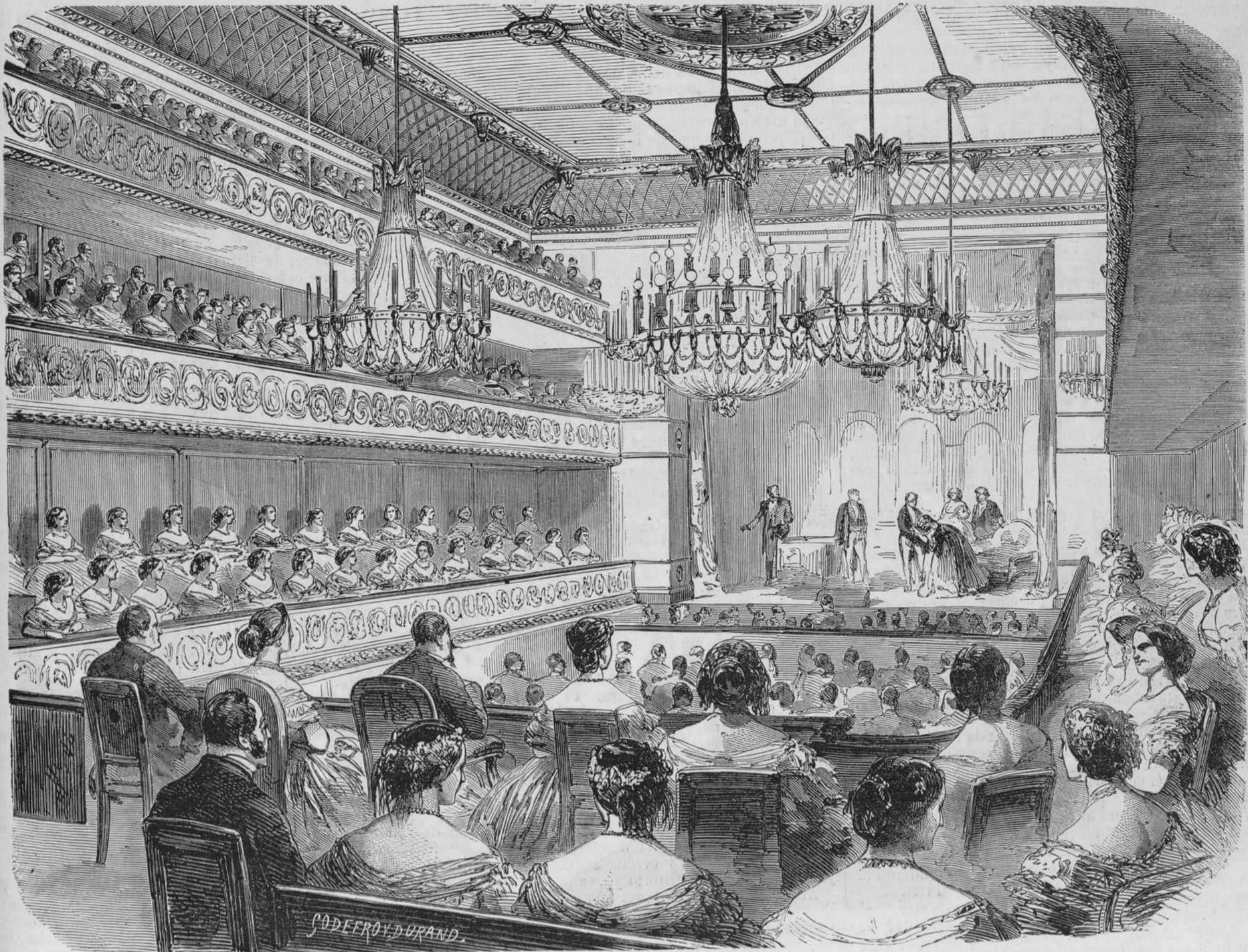


EL BANQUETE EN EL GRAN COMEDOR DEL PALACIO DE COMPIEGNE.

RODÉROY DUR



LOS FUEGOS ARTIFICIALES EN EL PARQUE DEL PALACIO DE COMPIEGNE.



REPRESENTACION DEL PETIT-FILS DE MASCARILLE, POR LOS ARTISTAS DEL GIMNASIO, EN EL TEATRO DE LA CORTE EN COMPIEGNE.

## REDENCION.

## CUENTO DE NAVIDAD.

En las costas de Lancashire no lejos de Lancastre, á la vista de la bahía de Morecambe, se eleva un castillo ruinoso. El estilo de esta construcción es el que florecía en tiempo de Elisabeth, ladrillos con cimientos de piedra de sillaría ennegrecida por los años.

El castillo de forma triangular tiene en cada fachada doce ventanas en el piso bajo, en el piso principal y en las guardillas. Una torre almenada se eleva en cada ángulo, y la del lado del mar domina lo restante de las construcciones.

El patio exterior es muy vasto y tiene á sus lados construcciones independientes del castillo.

Estas construcciones forman un gran contraste por su buena apariencia con el noble edificio desmantelado. En tanto que el viejo castillo se halla abandonado completamente, las dependencias bien conservadas relucen al sol como un penny que sale del Mint Royal.

Maese Runscold, antiguo hilador de Lancastre explota este cortijo modelo que él ha fundado.

Detrás de un jardín dibujado á la última moda inglesa se extiende un parque pequeño, separado por un cercado del parque grande del castillo que hoy está abandonado también como los aposentos.

Una casita aislada descuella entre todas las construcciones por su aspecto limpio y gracioso; se conoce que en esta habitación reina una voluntad de mujer, ó mas bien de jóven, que lo subyuga todo.

Hasta la naturaleza parece inclinarse ante esa voluntad, y las enredaderas suben á porfía á las ventanas para besar los labios de la jóven, cuando imprudente se asoma á mirar á Ricardo Taylord.

Detrás de esta casa hay una huerta y luego un parquecillo separado también del parque grande por un cercado.

El amueblado de la casa es sencillo, pero cómodo. Así debía de ser con efecto; Inés, débil planta sin mas apoyo que un tutor extraño, el buen Runscold, y sin otra compañera que mistress Sahrah, necesitaba todo eso para crecer y desarrollarse.

Hoy es una hermosa jóven de diez y ocho primaveras, de un tipo inglés bastante puro, un poco contrariado por un cabello muy negro. Sus ojos son azules y suaves de expresion, y todos sus rasgos son infantiles.

Se ignora quién la ha dado á luz, y tampoco se sabe quién la enseña tan perfectamente la armonía de los colores para sus vestidos y sus adornos.

No puede ser M. Runscold, y en cuanto á mistress Sahrah es sin duda una mujer muy vigilante y entendida; pero su inteligencia en las lenguas y en las nobles artes no la han podido dar la inteligencia del tocador.

La buena señora se vestía como una inglesa venerable.

La jóven miss no ha podido tomar fuera de casa esas lecciones de coquetería que aprovechan las mujeres con tanta prontitud; pues no sale mas que el domingo para asistir al servicio divino.

Por monótona que pueda ser su existencia, Inés no la ha encontrado todavía desagradable. Criada y educada en esa casa, no ha visto otro destino que el de pasar sus dias entre su aya y M. Runscold en su casita de persianas verdes... á menos sin embargo que Ricardo Taylord... pero es una locura pensar en esto.

M. Runscold al abandonar su hilandería por la agricultura, no se despidió completamente de los negocios industriales; seguía teniendo en la casa que gobernaban sus socios una parte importante, y su nombre seguía brillando en letras de oro sobre la puerta principal de la hilandería en Lancastre.

Hacia algunos años que había confiado la gerencia principal de esta casa á Ricardo Taylord su sobrino, que al salir de la universidad donde había entrado gracias á la generosidad de su tío, fué á ofrecerle sus servicios en muestra de gratitud.

En la Navidad de 18... Ricardo tenía veinte y siete años.

Preciso es confesarlo: era Ricardo un hombre nada propio para los negocios y la industria. Y sin embargo, segun su tío, dirigía perfectamente el establecimiento. Para que este no decayera, no había mas que ejercer sobre él un poco de vigilancia, y las buenas costumbres de Ricardo se acomodaban á las mil maravillas al papel que le estaba destinado.

Los demás socios perfeccionaban la maquinaria con los nuevos inventos conocidos, y Ricardo era demasiado indiferente á todas estas cosas para oponerse á ninguna de ellas.

El jóven iba muy á menudo á casa de su tío.

El sábado por la noche así que descansaban las máquinas hasta el lunes, el jóven montaba á caballo, y se abría para él la puerta principal del castillo.

Era el único jinete que atravesaba aquel umbral respetado; su caballo era el único caballo de lujo que hubiese pisado la yerba del patio del castillo.

Ricardo había acostumbrado al jardinero Yack á que le abriera la puerta principal del castillo en cuanto le advertía su llegada con los chasquidos de su látigo.

El caballo entraba impetuosamente en el patio, y el postro de Ricardo rebosaba de júbilo; se figuraba ser un caballero de los pasados siglos, se sentía superior á sí mismo, y quizá lo era en efecto. Con el contacto de las cosas grandes el alma se ennoblece; con la evoca-

cion de las grandes épocas parece que renace en nuestro derredor la majestad de los tiempos pasados.

— ¿Pero porqué, se preguntaba Ricardo, porqué descuida mi tío una parte de sus riquezas? Bien restaurado este castillo, ¿no sería mejor que la casa mezclada que habita? Ambas propiedades le pertenecen; ¿porqué de las dos prefiere la mas pequeña?

Durante mucho tiempo el jóven no pudo resolver este problema.

Cuando cumplió veinte y cinco años y pudo ya comenzar á juzgar á los hombres con sano criterio, se dijo que su tío temía parecer pequeño en aquellas habitaciones gigantescas, que no se hallaría bien en aquel edificio en desproporcion con su vida, y que quizá su abandono era un sacrificio hecho por su egoismo en el altar de su orgullo.

Pero últimamente había juzgado las cosas de otro modo, y un descubrimiento que acababa de hacer, había hecho desaparecer la alegría de su rostro y calmado la ardiente gratitud de su corazón.

Así el 24 de diciembre de 18... cuando llegó la noche Ricardo vaciló en ir al cortijo, tan irritado estaba contra su tío. Sin embargo, había cedido á la urgente invitacion que había recibido para aquel dia.

Cuando Ricardo al entrar en la avenida principal del castillo, se encontró enfrente del viejo edificio que elevaba su masa negra y ruinoso detrás de la muralla donde estaba el pórtico, se sorprendió extraordinariamente al distinguir por las ventanas el brillo de las luces.

Ricardo se acordaba haber visto este brillo de luces alguna vez; pero de esto hacia lo menos veinte años.

Un instante despues Ricardo atravesaba el umbral de las habitaciones.

A pesar de que habían querido arreglar un poco el viejo edificio, veinte años de olvido y muchos mas de abandono indiferente habían dejado señales ostensibles.

La inmensa escalera estaba alumbrada con grandes teas.

Delante de Ricardo subía un criado.

En el primer piso Ricardo abrió una mampara húmeda, y fué introducido en un primer salon apenas alumbrado.

A la luz de un candelabro cargado de bugias, cuya luz se perdía en aquel vasto salon, pero sobre todo á los rayos de la luna que daban una tinta azul al castillo, los ennegrecidos retratos que colgaban de las paredes tomaban aspectos siniestros; algunos toques de luz señalaban las armaduras sobre el pecho, los brazos y los muslos de aquellos guerreros.

El entarimado gemía á las pisadas de Ricardo, que comenzaba á desfallecer por su temeridad casi profana. El que tantas veces había deseado visitar aquellos salones abandonados, se indignaba hoy de su audacia.

Dos puertas daban al salon antiguo; el criado abrió una mampara rota y anunció á Ricardo Taylord.

El eco repitió mas de diez veces de salon en salon la última sílaba que había pronunciado el criado.

El salon principal estaba alumbrado con dos candelabros de doce bugias cada uno y con la vasta llama de la chimenea donde ardian árboles enteros.

En este salon también había retratos, pero con trajes mas modernos, casi contemporáneos.

El estilo de los muebles era de fines del siglo último, pero todos ellos estaban dislocados; como el castillo, temblaban, se estremecían y murmuraban, pero no se hundían. Ese ruido de la naturaleza inerte formaba una armonía que parecía escaparse á lo lejos de un instrumento misterioso.

En aquel salon se producía mas que en ninguna parte ese efecto singular; un arcon con sus cobres colgando se aprovechaba de la libertad que le dejaban para desempeñar su parte en el concierto, como si fuese cómplice de esos genios aéreos que danzan encima de los tejados y pegan en las vidrieras á compás durante las noches tempestuosas.

En tanto que en otra sala se disponía la cena de Nochebuena, los convidados conversaban en el salon grande.

Cuando se presentó Ricardo, todas las voces callaron y todos los ojos se dirigieron á mirarle.

Los convidados no habrían podido espantar á la persona mas tímida; no se encontraba en sus facciones nada del tipo implacablemente noble de los Fitz Willis que colgaban de las paredes. Eran todas cabezas vulgares, entendimientos nulos en todo lo que se refería á la industria algodonera; eran los socios de la casa Runscold.

Al reconocerlos Ricardo se tranquilizó. Sin embargo, aunque fuera muy natural la reunion de aquella gente en casa de su tío para celebrar la Nochebuena, su presencia en el salon del castillo le parecía inexplicable.

Junto á la chimenea y enfrente del asiento que ocupaba M. Runscold, había otro asiento vacío donde el tío invitó al sobrino á que se sentara bajo la campana de la chimenea.

El tío de Ricardo tenía aquel dia otra cara que de costumbre. Su fisonomía descubría relativamente al sobrino pensamientos erróneos que desagradaron al jóven, cuyo rostro, sombrío ya, se puso mas sombrío.

Al cabo de un instante de silencio pasado en mirar cómo ardía la leña de la chimenea, Runscold tomó la palabra diciendo:

— Ricardo, se prepara una hermosa Nochebuena para mí y quizá para vos.

Ricardo no respondió.

— No quiero hablar, prosiguió diciendo en tono malicioso, del frio que hace fuera ni del viento que sopla, porque nos burlamos de eso al abrigo de la chimenea y en una casa bien cerrada.

Las ráfagas que silbaban en los largos corredores de los aposentos parecían desmentir las palabras de M. Runscold.

Sin embargo, nadie pronunció una palabra.

— Pero me parece que estais muy triste, Ricardo, para tomar parte en esas alegrías.

Al oír esto Ricardo levantó la cabeza, y clavando los ojos en su tío, exclamó:

— Habeis venido aquí con el corazón rebosando de júbilo, y yo he venido con el alma llena de tristeza y aun de cólera.

Su voz temblaba al decir esto.

Runscold oyó estas palabras con sorpresa.

Así que concluyó de hablar el tío, dirigiéndose á los socios les preguntó:

— ¿Comprendeis lo que dice? yo no lo entiendo.

— ¿Me creéis ciego? ¿Pensáis que no reconozco yo ese retrato que parece presidir á esta fiesta?

Todos los ojos se volvieron hácia la imagen de una hermosa jóven de diez y ocho años vestida de blanco que ocupaba el espacio comprendido entre las dos puertas laterales del salon principal.

— Bien habeis hecho en ponerle ese adorno de ramaje, M. Runscold, pues hoy es su fiesta. ¿Para qué fingir historias de adopcion? Ese retrato está aquí perfectamente, todos esos héroes que he visto al pasar en sus marcos ennegrecidos son sus abuelos, y estos personajes menos antiguos que veo aquí, son sus parientes mas próximos. ¿Porqué no nos decís: «Es una Fitz Willis?» Comprendo hoy el secreto de tanta generosidad, el secreto de tanto cuidado, el misterio de tantos años. En lugar de esas ramas verdes, el retrato debía estar adornado con flores pálidas. ¡Está bonito! Haber recogido toda esta fortuna, las tierras, el castillo, los bosques; haber recogido los sepulcros mudos... los retratos... ¡vos! ¡mi tío!... ¿Y no os habeis contentado? Quedaba una niña, heredera despojada, pero heredera de lo que vale mas que tierras y castillos, de una sangre generosa ennoblecida por la sangre de diez generaciones!... Y esa niña, esa heredera la habeis recogido también como todo lo restante, como un mueble, como una cosa de que podríais sacar partido. Y con esa sangre vais á mezclar la vuestra. Y ennoblecido de ese modo vuestra posteridad, vais á disfrutar á un tiempo de los bienes, del nombre y del honor de los héroes víctimas del infortunio!...

En este instante el viento que se había calmado un poco hizo temblar de nuevo el edificio; se oyeron chasquidos en las puertas, y los cobres del arcon mezclaron su armonía estridente á todos aquellos ruidos.

Al mismo tiempo y como impelida por la tormenta que mugía en el viejo castillo, se abrió una puerta muy grande que no había distinguido Ricardo, y en sus umbrales apareció un hombre.

Todo el mundo se había levantado; Ricardo mudo de asombro, de temor y de respeto, permanecía como petrificado al lado de la chimenea.

El hombre se adelantó lentamente.

Tendría este hombre unos cincuenta años. Sus facciones que en la juventud no habían debido tener mucha nobleza, la habían adquirido con los años; su abundante cabellera estaba toda blanca.

Cuando se halló en el centro del semi-círculo formado delante de la chimenea por los socios de M. Runscold, el personaje que se había introducido de aquel modo tan singular, se detuvo. Un alto sillón se encontraba allí como colocado de intento por algun genio invisible.

El hombre se dejó caer en el asiento.

El semi-círculo se había ensanchado, y los convidados de M. Runscold se habían sentado de nuevo.

Despues de un instante de silencio el desconocido alzó los ojos que hasta entonces había tenido bajos, y moviendo muchas veces la cabeza, dijo á Ricardo:

— Sois muy jóven y no sabeis dominar vuestro ardor. Hace mas de veinte años que el nombre de Fitz Willis no se había pronunciado en estas salas, y ese nombre repetido por el eco ha hecho estremecer en sus cuadros á diez generaciones antes gloriosas y en el dia ultrajadas.

Ricardo no pudo sostener el brillo de la mirada que el anciano le dirigía y bajó los ojos.

El desconocido continuó:

— Serenaois, porque vais á ser un juez; el culpable necesita ser juzgado para que despues le concedais vuestro perdon.

Ricardo permanecía mudo de sorpresa.

M. Runscold hizo un movimiento.

— En vano os opondríais, repuso el desconocido; antes de que llegue la hora del perdon, preciso es que la expiacion sea completa. Hablaré, por penosa que sea la confesion en presencia de este jóven.

Ricardo se había levantado y dió un paso como para arrojarle á los piés de aquel hombre cuya palabra era tan digna y tan solemne.

El desconocido le hizo señal de que se contuviera, y en seguida comenzó diciendo:

— Dueño á los veinte años de una fortuna que mi padre, baron de creacion reciente, había aumentado en las funciones mas altas de la magistratura, resolví, para satisfacer esta necesidad de todo buen inglés, heredero de un buen patrimonio, resolví correr el mundo de un polo á otro, proponiéndome no volver á mi país sin haber atravesado los dos hemisferios. Estos viajes,

provechosos para las personas de buena naturaleza, son nocivos á aquellas donde predomina la cizaña.

En los últimos años de mis viajes había perdido yo toda la dignidad inglesa. Habiendo tomado de los pueblos que visité un poco de su aire independiente y de sus malas pasiones, no conocí ya ninguna ley, y en esta disposición de espíritu regresé á Inglaterra.

La existencia de las ciudades me pareció insostenible.

Mis pulmones acostumbrados á respirar un aire menos denso necesitaban la atmósfera viva y perfumada de los campos.

Me acordé entonces de que mi padre me había dejado en el condado de Lancastre grandes posesiones con selvas, castillo, caseríos, y todo lo que es preciso para llevar la vida de un gentleman farmer.

Al llegar aquí me cuidé muy poco de los cultivos, y solo cediendo á los ruegos del arrendatario, quise visitar mis tierras de producto.

Únicamente la caza tenía interés para mí.

Formé mi jauría, y al acercarse el invierno comenzaba á recorrer los montes.

Las cazas constituían la parte principal de mi propiedad. Eran montes que antes habían pertenecido al castillo de Fitz Willis, y de los que había sido desposeído. Otras tierras mas productivas compradas por los últimos Fitz Willis habían salido de nuevo de sus manos, y su amo era un rico fabricante de Lancastre.

La caza, sin ninguna emoción en este país, llegó á cansarme muy luego; apenas me representaba el gusto que había tenido en otro tiempo persiguiendo animales menos tímidos que los gamos, en comarcas vírgenes ó continentes no visitados todavía.

Entonces quise saborear las delicias casi desconocidas para mí de la licencia refinada, de la licencia de gran señor, de la licencia olvidada desde el abandono de la peluca empolvada.

A esto añadí el juego. Perdí mucho y con orgullo, tanto que al cabo de un año de esta existencia, mi intendente me pidió permiso para ajustar cuentas, á fin de mostrarme el camino que había tomado para arruinarme.

La advertencia era tardía.

Mis capitales colocados en grandes empresas comerciales, habían sido liquidados por orden mia para hacer frente á mis gastos ordinarios, y solo contaba ya con una casa en Lóndres y las tierras de este condado.

Entonces quise arreglarme y me dediqué al cultivo de mis haciendas, vendí la casa de Lóndres, y en vez de colocar el dinero en alguna empresa ventajosa, le conservé para gastarle en lo que creía serian mejoras.

La muchedumbre de mis parásitos se disipó á los primeros síntomas de mi desgracia.

En mis disposiciones idílicas me puse á frecuentar los castillos del contorno, y asistía los domingos á los ejercicios religiosos.

La fama de mis hazañas se había extendido por el condado, aunque se ignoraba mi ruina, cuyo secreto solo conocía mi intendente, secreto que mis amigos que salieron prontamente para Lóndres se habían llevado consigo sin tomarse el trabajo de divulgarle.

Recibido al pronto con alguna desconfianza por las familias bastante puritanas del país, no tardé sin embargo en interesarlas, gracias á la suma enorme de conocimientos que había adquirido en mi vida aventurera, y que daban á mi conversacion un colorido de que estaban privadas las conversaciones sobre un tema poco variado en general de los gentlemen campestres.

No divulgando de mis aventuras mas que las que podían confesarse, me hice un héroe entre las mujeres, sobre todo entre las jóvenes cuya esclavitud ansiaban todas.

Pero de todos los castillos, el que yo prefería era el de los Fitz Willis, aunque en él había encontrado mas desconfianza que en los otros. Poseedor de los bosques y de una parte de las tierras de este castillo, era yo naturalmente el objeto del disfavor de sus habitantes.

M. Runscold, comprador del resto de los bienes del patrimonio, heredaba la otra parte de celos que alimentaban los habitantes del castillo Fitz Willis.

Los Fitz Willis no detestaban á nadie excepto á M. Runscold y á mí, y en tanto que yo quería destruir su odio, M. Runscold trabajaba por su lado para granjearse su estimacion.

Nada mas noble que la resignacion de esta familia.

El castillo estaba desmantelado, poco menos que está hoy, y sin embargo, sus venerables moradores tenían una hermosura singular en tan sombrío cuadro.

Privados de bienes, vivían con esa serenidad completa de las personas de raza noble. En la mesa la antigua plata de la familia servía como en otro tiempo, y los criados respetuosos y que habían envejecido en el castillo veneraban á sus amos como en los días de su grandeza.

Jamás esa muchedumbre de antepasados que habeis distinguido en los salones tuvieron que sonrojarse de su posteridad, y si yo he temblado hace un instante, añadió volviéndose hácia Ricardo, si he temblado al oír ese nombre repetido por los ecos, es porque yo he turbado el reposo de esos dignos antepasados, he deshonrado sus manes, he merecido su maldicion.

Parecía que la familia de los Fitz Willis estaba destinada á extinguirse. Una joven de diez y ocho años era la heredera de ese ilustre nombre.

Pero la niña era tan hermosa, tan pura, tan casto su corazón y tan grande su alma, que desheredada, valía mas que todas las herencias.

Subyugado por tantos atractivos, me dejé arrastrar por una pendiente por la cual no me deslizaba yo solo; miss Fitz Willis me acompañaba como ignorando el peligro.

Sin embargo, de tiempo en tiempo recibía cartas de Lóndres, en que varios amigos, de los que contaban con el restablecimiento de mi fortuna, se burlaban de la inocencia de mi nueva vida.

El león se ha hecho carnero, decían. ¿Cuándo volveremos otra vez en su primitiva forma sacudiendo su melena? ¿Para esto qué necesita? Una cosa fácil de encontrar para el que conoce todo el mundo. Solo aquellos que han devorado una inmensa fortuna saben levantarla rápidamente.

Estas excitaciones repetidas á menudo, el cansancio engendrado por la lentitud y la monotonía de una pasión de provincia, fueron obrando sobre mi ánimo poco á poco. La idea de reconstituir mi fortuna mediante un buen casamiento se insinuó de tal manera en mí, que en breve me dominó exclusivamente.

Inés Fitz Willis no podía realizar este deseo de mi orgullo y de mi avaricia; de modo que resolví retirarme, y para principiar visité con menos asiduidad el castillo.

La expansion de miss Fitz Willis, contenida hasta entonces, fué tanto mas viva cuanto mas indigno era yo de ella. Inés y yo estábamos comprometidos tácitamente; ella me consideraba como su futuro, su amor, á mí la parecía sin crimen, y no trataba de disimularlo en lo mas mínimo.

Pero á medida que se debilitaba en mi corazón la fuerza del sentimiento que le había llenado, se despertaban en él las malas pasiones durante tanto tiempo adormecidas.

La confianza de miss Fitz Willis se adaptaba maravillosamente á mis deseos, y no tuve fuerza para mostrarme dueño de mí mismo.

Una vez consumado el delito, me encerré en mi casa, y no volví á presentarme en el castillo, ni en la iglesia, ni en ningun lugar público.

Sorprendida con mi conducta, miss Fitz Willis se atrevió á enviarme su nodriza, la confidenta de su pasión.

Pero yo había dado orden de que no recibieran ninguna carta, ni respondieran á ninguna pregunta, ni introdujeran á nadie en mi aposento.

Indignada con mi infamia, miss Fitz Willis, olvidando de repente ese respeto propio que enorgullece á toda inglesa, quiso dar un paso que podía deshonrarla á los ojos de todo el mundo, pero que su amor la ordenaba.

Además, poco la importaba el desprecio público, habiendo perdido ya la estimacion de sí misma.

(Se concluirá.)

### Costumbres de los marroquíes.

Marruecos está habitado por los berberes, árabes, moros, judíos y negros: los berberes, cuya principal parte marroquí se llama Chelleubs, son labradores ó pastores; los árabes son en su mayor parte beduinos, es decir, que se dedican al cuidado de sus rebaños, y viven lejos de las poblaciones, en medio de los terrenos de pastos, ó en el desierto; los moros habitantes de las ciudades, descendientes degenerados de los árabes y de otros pueblos, son avaros, viciosos, cobardes, sanguinarios, perezosos y vengativos; la mezcla de su sangre se conoce en su rostro, que es menos atezado que el de los árabes: los judíos son numerosos, no obstante el mal trato que les dan; para conservar la preponderancia en el comercio y en la industria, se someten á todas las exigencias insensatas del gobierno marroquí, y hasta consenten que ataquen á sus sentimientos religiosos: los negros forman la fuerza principal del ejército del imperio, y son temidos, como deben de serlo unos soldados brutales, mandados por jefes ignorantes y crueles.

Los marroquíes tienen una alta idea de sí mismos; como todo pueblo falto de civilizacion, creen que ocupan el primer rango entre las naciones; desprecian á los europeos, y los tratan de *agein*, que quiere decir bárbaros; no reconocen mas que un poder, el de la fuerza física; el despotismo los ha envilecido de tal manera, que las palabras honor y libertad carecen para ellos de sentido. Tienen profundamente arraigado en sus almas el fatalismo; así es que nunca pierden la esperanza, por grandes que sean las desgracias é infortunios que sufran. Soportan la pobreza sin quejarse, y nada hacen para salir de semejante estado, en la convicción de que el porvenir les prepara una vida mas feliz.

Llevan, bien puede decirse que con orgullo, los harapos que los cubren, y como la política está encargada por orden superior de denunciar á las personas ricas, se ven cubiertas las calles por una multitud, que hace ostentacion de sus trajes hechos jirones; estas deplorables denuncias con que se ven continuamente amenazados los marroquíes ricos, comunican á la nacion la mas triste apariencia: sucede con frecuencia que el vestido usado por el padre durante veinte años, le usa después el hijo por otro período igual. Si llegan á presumir que el marroquí mas modesto goza de un bienestar mas desahogado que anteriormente, se hace sospechoso, y no tardan en secuestrarle los bienes: así es que cada uno vive lo mas miserablemente que puede. «En las casas nada de muebles, dice Suider Pelligrini.» No se come carne, se anda sin zapatos; sin embargo, todos los marroquíes tienen dinero.

El emperador es heredero legal de todos los ciudadanos. En cuanto muere una persona, entran los soldados en su morada y arrebatan cuanto encuentran, y la familia se queda sin recursos, si el difunto no tuvo la precaucion de ocultar su fortuna en algun escondrijo: sucede muchas veces que los parientes ignoran el sitio en donde se enterró el tesoro, y entonces se ven reducidos á la mayor miseria. Esto último acontece con frecuencia, porque los desgraciados que cometiesen la imprudencia de divulgar el secreto del escondrijo, serian irremisiblemente despojados así que llegase á la noticia de la policía, que no solo los privaria de su fortuna, sino que los haria sufrir los tormentos mas crueles; los marroquíes tienen un arsenal de instrumentos de suplicio, y de todo hacen uso para causar miedo á los delincuentes.

Hay pues muy pocos marroquíes que no escondan sus bienes debajo de tierra, y hay muchos que mueren sin poder dar á sus familias las explicaciones suficientes para que encuentren el sitio en donde enterraron sus riquezas: así es que la tierra oculta montones de oro, y nada se exagera evaluando en dos mil millones de francos los tesoros escondidos y quizás perdidos para siempre.

Los moros de Marruecos, por una supersticion increíble, veneran á los individuos mas innobles de la nacion, y les dan el nombre de santos, personajes asquerosos, que vagan en gran número por las ciudades y en los cementerios, en cuyos sitios, su aspecto horrible y deforme trae á la memoria lo que dicen las fábulas de Oriente sobre las bocas voraces, deseosas de cadáveres. La mayor parte de estos hombres y mujeres apenas llevan cubierto el cuerpo con vestidos viejos, rotos y llenos de insectos asquerosos: nunca han sabido lo que es limpieza y aseo. En Marruecos, para ser inscrito en el número de los santos, basta ser loco, idiota, imbécil, ó aparentar serlo. Tambien se da el título de santos á algunos devotos lúgubres ó sombríos, que saben hacerse admirar con prácticas y costumbres singulares. Cada cual se considera dichoso con cuidar y alimentar á estos horribles personajes, cuyas palabras son creídas como oráculos. Aunque los tenidos por santos son imbéciles ó locos, los hay tambien, entre ellos, algunos que gozan de todas sus facultades intelectuales, y que explotan con habilidad la credulidad pública.

M. Cotte refiere que encontró á uno de estos santos, que se vanagloriaba de ser invulnerable y de haber desviado de su persona en una batalla las balas de cañon y de fusil; recurrió al siguiente medio para obligarle á confesar su descaro: «Colocaos, dijo al santo, á una distancia de treinta pasos, elegiré un blanco, que cubriréis con vuestra mano extendida, dispararé sobre él una bala, que cogereis al vuelo por la virtud de que estais dotado. Si consentís, habreis convencido á un nazareno de corazón duro y de alma rebelde.» El hombre guiñó los ojos y contestó: «Amigo, ¿porqué tentar á Dios? Me ha hecho invulnerable á las balas enemigas; ¿me protegerá contra las de un amigo? Ningun amigo ha hecho luego contra mí; ¡no quiera Dios que haga la prueba!»

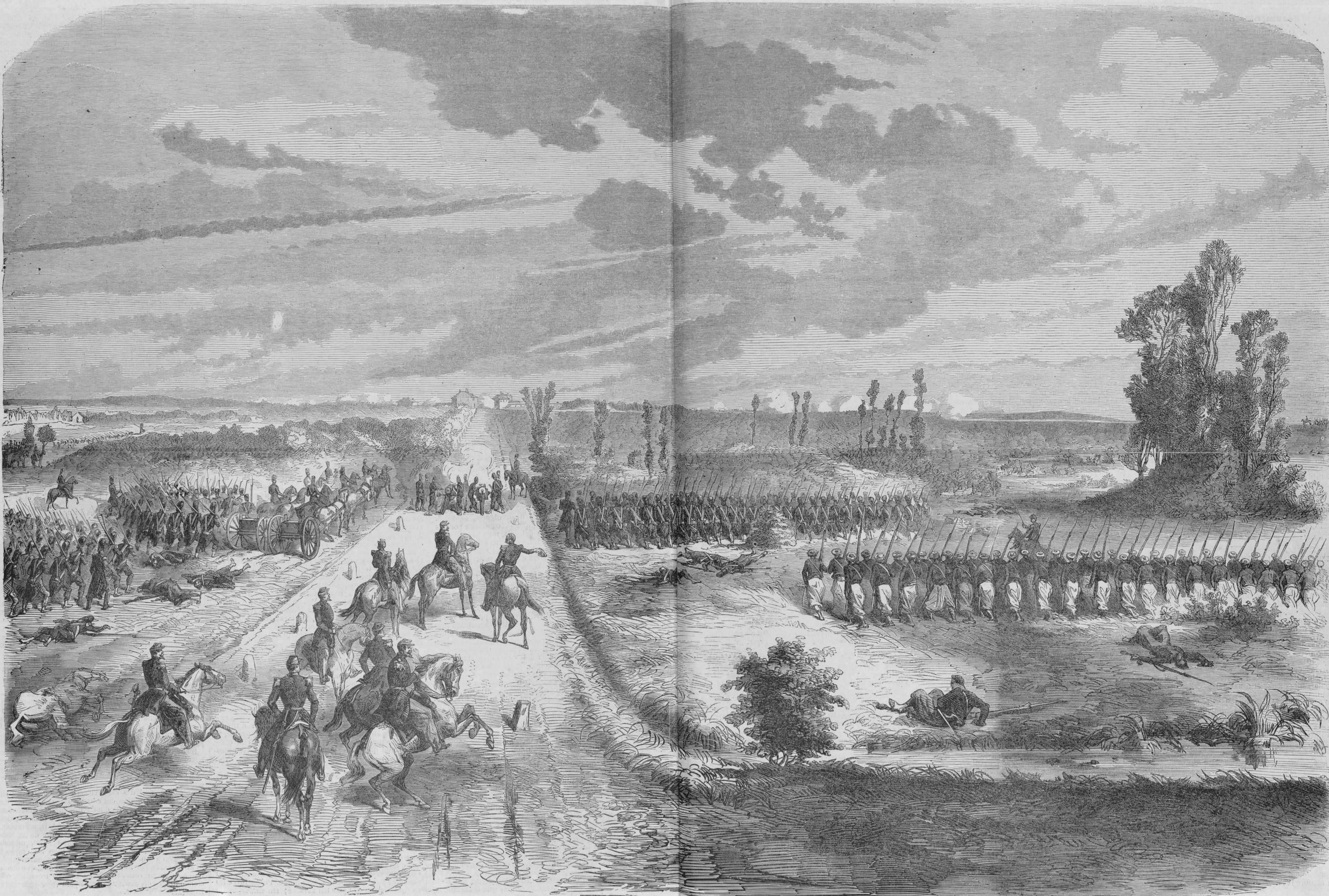
Un día fué llamado un francés á un sitio retirado por un santo que le había hecho en público señales de inteligencia: «Señor, le dijo en voz baja y en francés inteligible aunque de mala ley, soy aubernés.» Se explicó, y vino á averiguarse que el santo marroquí era un viejo marinero que había naufragado en la costa de Africa hacia ya mucho tiempo.

Los judíos ocupan una posicion enteramente distinta que los santos; así como estos son venerados y honrados, los otros son humillados y atormentados; les está prohibido escribir en árabe y conocer los caracteres árabes, porque dicen los marroquíes que son indignos de leer el Koran.

Tampoco los permiten montar á caballo ni sentarse con las piernas cruzadas, segun la costumbre mahometana; los insultan hasta en sus propios templos, en donde cualquier bribon tiene el derecho de sacudirlos; en la via pública, los muchachos los llenan de injurias, los escupen en el rostro y los arrojan piedras y lodo; si por desgracia se atreven á castigar á estos tunos, corren peligro de ser molidos á palos por el populacho. Antes de pasar por delante de una mezquita, si quieren evitar ser castigados severamente, están obligados á quitarse el calzado y á marchar con los pies desnudos y con todas las apariencias de una profunda humildad. Si un moro dirige una apostrofe injuriosa á un judío y este le contesta en el mismo tono, el asunto, sin acudir al cadí, termina probablemente con un asesinato; el judío pagará con la cabeza su atrevimiento.

Siempre que un moro le dirige la palabra, el hijo de Israel debe responder Sidi, esto es, señor; y para hablar al hombre de mas baja condicion, es absolutamente necesario que le trate con toda consideracion y deferencia.

En cambio de todas estas vejaciones, los judíos han logrado ser los dueños del comercio y ocupar ciertos puestos de confianza, de donde procede esa anomalia, de que hombres que son el blanco de las mas grandes injurias y afrentas, desempeñen funciones importantes. Esto puede explicarlo el carácter indolente de los moros; se ven obligados á ocupar á los judíos, porque solo estos tienen la suficiente actividad para los empleos que exigen algun trabajo. En cuanto á los marroquíes, se atrincheran por lo general en su ociosidad, que creen noble, y tratan como mercenarios á los israelitas, diciendo que es preciso ser muy vil para verse reducido á trabajar.



RECUERDOS DE LA BATALLA DE MAGENTA. — EL EMPERADOR DIRIGIENDO UNA BATERIA CONTRA PONTO NOVO DI MAGENTA (Del album de S. M. el emperador.)

## Documentos diplomáticos

RELATIVOS AL ROMPIMIENTO DE ESPAÑA CON MARRUECOS.

(Conclusion.)

¡Alabanzas sean dadas al Todopoderoso!

A MI ILUSTRE AMIGO SIDI-MOHAMED-EL-KATIB, MINISTRO DE ESTADO DE S. M. EL REY DE MARRUECOS.

La paz de Dios y su ayuda sea con vos.

Toda vez que vuestra nota del 13 del actual ha removido las dificultades que impedían el dar una completa satisfacción por los ultrajes cometidos contra el pabellón español en las cercanías de la plaza de Ceuta, el gobierno de la reina, mi augusta soberana, me previene os haga saber que la satisfacción pedida debe ser concedida sin pérdida de momento, y en la forma siguiente:

1º El jefe de las tropas moriscas, que debe ser el bajá ó gobernador de la provincia, colocará por sus mismas manos las armas de España en el mismo sitio donde estaban antes de ser derribadas por los vándalos de Anjera, haciendo que sus soldados saluden dichas armas.

2º Los soldados llevarán á efecto, en presencia de la guarnición de la mencionada plaza, la última pena señalada por la ley, en las personas que fueren las verdaderas instigadoras del ataque. Estas dos condiciones se habrán de cumplir inmediatamente.

3º El gobierno marroquí nombrará dos ingenieros, quienes, juntamente con otros dos nombrados por la España, decidirán acerca de los puntos mas convenientes para la línea limítrofe, entendiéndose que dichos ingenieros deberán necesariamente tomar la sierra Bullones por base de su demarcación.

La satisfacción que el gobierno español tiene un indisputable derecho á exigir, y en la que habeis convenido en nombre de vuestro monarca, no la considerará aquel completamente concedida, si todas estas medidas no se llevan á ejecución en el mas corto espacio de tiempo.

Entre tanto continuarán los armamentos, y os prevengo que la menor dilación por vuestra parte en cumplir exactamente con mis reclamaciones, será la señal del principio de las hostilidades, y consecuentemente del rompimiento de las relaciones amistosas entre nuestros dos gobiernos.

El gobierno de la reina, mi señora, espera que el sultán no será la causa de tan grave acontecimiento, del cual pueden originarse las mas desastrosas consecuencias.

Espero vuestra contestación, que deberá ser tan clara y explícita como lo requiere el caso, y os prevengo que no admitiré la mas ligera observación en contra de las justas reclamaciones de mi gobierno.

Considerado el aspecto que presentan los negocios, no os queda mas que la alternativa de escoger entre el estricto y exacto cumplimiento de cuanto hemos convenido como completa satisfacción á la nación española, ó la guerra. Ahora elegid. Tánger, 16 de octubre de 1859.

El encargado de negocios y cónsul general de Su Majestad Católica.

BLANCO DEL VALLE.

DE SIDI MOHAMED-EL KATIB AL ENCARGADO DE NEGOCIOS DE ESPAÑA.

¡Alabanza sea dada á Dios!

Al encargado de negocios por la reina de España.

Hemos recibido vuestra carta de ayer 16 de octubre, y hemos entendido su contenido; pero nos admira cuanto en ella decis, porque no concuerda con lo que me dijisteis en nuestra entrevista, ni en vuestras cartas anteriores. Hemos sido autorizados, segun os he dicho, para arreglar las reclamaciones que mencionábais en vuestras cartas del 5 de setiembre y 5 de octubre. Nosotros convinimos en nuestra carta del 15 (Rabik 1º) en que ocupáseis las alturas necesarias para la defensa y seguridad de vuestra plaza, pero no con otra mira alguna. Me habiais dicho en conversacion particular, que suponiais que dichas alturas estaban dentro de los límites marcados.

No conocemos el sitio que llamais Sierra Bullones; pero si este fuese el que me han dicho, á saber, como á unas tres horas de camino de la plaza de Ceuta, no estamos autorizados para semejante concesión: esta deberá llevarse al sultán, y concederá un plazo para enterar á S. M. del asunto á fin de que tenga tiempo para considerarlo y contestar.

No os ocultaré mi extrema sorpresa al considerar los términos en que me escribis despues de la manera amistosa con que hemos procedido accediendo una tras otra á vuestras peticiones en tres ocasiones diferentes con el solo objeto de complaceros. Si llegais á romper nuestras relaciones, y á declarar la guerra, segun decis, porque yo no accedo á aquello para lo cual no estoy autorizado por el sultán, protestaré contra vos por todas las consecuencias que puedan seguirse ahora y en adelante.

Réstame repetir, sin embargo, que nos adherimos á los compromisos que hemos contraído para cumplir con las peticiones hechas en vuestras cartas, pero no en el sentido que en ellas os permitis dar á vuestras palabras porque no tenemos poder para semejantes concesiones. 17 octubre 1859.

MOHAMED-EL-KATIB.

¡Alabado sea el Todopoderoso!

A MI ILUSTRE AMIGO MOHAMED-EL-KATIB, MINISTRO DE ESTADO DE S. M. EL REY DE MARRUECOS.

¡La paz y la gracia de Dios sea con vos!

Los términos de vuestra nota que he leído con particular atención, me han causado una extremada sorpresa, y no será menor la que habrá producido en el ánimo del gobierno de la reina, mi augusta soberana. Vos mismo debéis comprenderlo así, puesto que os son notorios los esfuerzos que el gobierno español, impulsado de los sentimientos de rectitud y justicia que lo animan, ha hecho en el interés de la paz comprometida hoy día por vuestra negativa á conceder lo que habiais prometido, y que el gobierno español tenía un perfecto derecho á reclamar.

Os traeré á la memoria la historia de cuanto ha pasado, y os convenceré de que vos y vuestro gobierno seréis los solos responsables de las consecuencias que mencionais al fin de vuestra nota.

La guarnición española de Ceuta fué repentina é injustamente atacada por los moros de Anjera, y rechazó abiertamente el ataque. El gobierno español, cumpliendo con su deber, pidió satisfacción del ultraje, el castigo de los culpables y garantías para el porvenir. Esto fué lo que os pedí en mi nota del 5 de setiembre: y ¿cual fué vuestra respuesta? Una vaga promesa de que se haría justicia, y la petición de que el plazo señalado por mí para obtener la reparación pedida pudiera prorogarse aunque continuaran los ataques, y la guarnición fuese bastante numerosa para imponer respeto á los agresores.

Mi magnánima soberana accedió á la próroga del plazo sin que vos ni vuestro gobierno os comprometierais á satisfacer mis reclamaciones. De este modo mi gobierno dió pruebas de que el espíritu que lo animaba no era el de romper la paz, porque á haber sido así, no hubiera desperdiciado la ocasión que le ofrecían las circunstancias particulares en que se encontraba este país. Pedisteis despues un nuevo plazo, y os fué tambien concedido hasta el 15 del presente mes de octubre. En vuestra nota del 5 del mismo mes me deciais estar autorizado para acceder á mis justas reclamaciones; en dicha comunicacion se echaba de ver la misma vaguedad que en vuestra primera contestación, y en ninguna de las dos prometiais cumplir vuestras ofertas. Esta oscuridad dió lugar á mi nota del mismo día 5 de octubre, y la última, á la cual contestásteis respecto de la cesión de territorio en estos términos: — «Aceptamos que los límites de Ceuta, de que se hace mención, se extiendan hasta las alturas mas á propósito para la seguridad y tranquilidad de dicha guarnición.»

Ofrecimiento tan concluyente sobre el único punto puesto á discusión, dió lugar á las mas firmes esperanzas de poner un término al conflicto creado, esperándolo yo con doble motivo despues de las conversaciones en que os expliqué la justicia de las reclamaciones de mi gobierno; pero como todo debia traducirse en hechos, os indiqué cuáles debían ser estos, para prevenir que una mala inteligencia hiciese imposible la conservación de la paz, que todos deseábamos.

Os expliqué en consecuencia la forma en que debería darse la satisfacción exigida; la naturaleza del castigo que vos mismo confesábais debía imponerse á los culpables, y cuáles eran las «alturas» mas convenientes para la seguridad de Ceuta, y que vos habiais prometido ceder para aquel objeto, de una manera concluyente, añadiendo, como lo hice, que la demarcación de límites se haría de comun consentimiento entre ingenieros moriscos y españoles, que trazarian la nueva línea.

A esta pretension, consecuencia natural del cumplimiento de las primeras, y que comprendia tambien la próroga del término concedido para la satisfacción exigida, como prueba adicional de espíritu de conciliación, replicásteis rehusando lo que antes habiais concedido, torciendo el espíritu y la letra de mis notas, y contradiciendo lo que en documentos oficiales me habiais dicho respecto de la autorización de vuestro soberano para arreglar las cuestiones pendientes entre la España y Marruecos. ¿De qué parte están en este asunto la magnanimidad, la lealtad y la buena fe?

En tres ocasiones os he dado tiempo y oportunidad para atender á mis justas reclamaciones, y el último plazo, que declaré no seria prorogado, se extendió hasta que se recibieran las necesarias explicaciones, para que de este modo la naturaleza de la reparación pudiera determinarse con toda claridad.

Solo una vez me habeis hecho promesas terminantes; pero arrepentido, al parecer, de haberlas hecho, y conociendo bien el carácter de la nación española, habeis tratado de eludirlas aduciendo inexcusables subterfugios. Cuando yo habia obrado con tanta generosidad, y cuando despues de haberos comprometido á dar la satisfacción pedida, conferenciamos acerca de las formas y del momento en que debiera llevarse á efecto, anulásteis vuestras promesas é invocasteis declaraciones verbales que jamás han tenido lugar y que no podían existir segun el espíritu de mis escritos é instrucciones, alegando en vuestra defensa no estar autorizado por el sultán, despues de haberme manifestado lo contrario.

Ya veis pues que mi soberana ha dado pruebas incontestables de su sincero deseo por la paz; pero convencida, como lo está, de que vuestra conducta no corresponde á su lealtad, y de que se hacen esfuerzos para evadir por medio de sutilezas el cumplimiento de lo que se habia prometido, basado sobre el derecho y la justicia, confiando al mismo tiempo en Dios, somete de-

finitivamente la pendiente cuestión á la suerte de las armas.

Tánger 24 de octubre de 1859. — El encargado y cónsul general de S. M. C.

J. BLANCO DEL VALLE.

DE EL-KATIB A M. BLANCO.

Hemos recibido vuestra carta de esta fecha, que nos ha causado sentimiento; tanto mas, cuanto que vemos teneis la convicción de que hemos deseado retraernos de lo que habiamos prometido en nuestras contestaciones á vuestras reclamaciones. Esto no es así: somos verídicos y deseamos la paz y buena armonía con vuestro gobierno, del mismo modo que nos habeis asegurado ser estos los sentimientos de aquel, durante esta negociación.

Atribuyendo mas bien la acusación que nos haceis de no haber cumplido mis compromisos, á la diferencia de las lenguas de que respectivamente hacemos uso en nuestros escritos, y al uso de que, por esta circunstancia se han originado equivocaciones, no quiero tampoco en esta ocasión entrar en discusión respecto de las faltas que nos atribuis.

La correspondencia que ha mediado entre nosotros es la justificación á que apelo: esperando sin embargo, que todavía podemos venir á una satisfactoria inteligencia, si prescindimos de las discusiones pasadas: al mismo tiempo debemos hacer una observación respecto del atentado del pueblo de Anjera. Admitimos que esa población ignorante haya cometido una seria ofensa en atravesar los bien conocidos límites de la plaza de Ceuta y hostilizando su guarnición; pero bien sabeis que si la agresión continuó contra nuestra voluntad, y si no fueron castigados, fué porque el hecho tuvo lugar al ocurrir la muerte de nuestro amo Muley Abderrhaman, y el nuevo sultán Sidi Mohamed no estaba aun proclamado. Despues del advenimiento de S. M. al trono, he estado esperando vuestra contestación á nuestra carta del 11 de octubre, en la cual os suplicaba me dijeseis cuándo deseábais que llevásemos á efecto el castigo de los culpables, segun vuestra nota del 5 de setiembre.

Peró como en vuestra carta del 16 de octubre pedis para los culpables la pena de muerte, debo deciros que solo el sultán mi señor puede disponer de la vida de sus vasallos. Ateniéndonos pues á vuestra comunicacion del 5 de setiembre, estamos persuadidos que deseais un castigo severo y ejemplar.

Respecto de límites, permanezco firme en los que hemos concedido, á saber: que los ingenieros españoles y moriscos determinen las alturas mas convenientes para la defensa y seguridad de la guarnición de Ceuta.

En nuestra carta del 17 del presente, escrita en lengua árabe, deseábamos explícitamente confirmar la presente, declarando al mismo tiempo, que no podiamos aceptar un punto determinado antes de saber la decisión de los ingenieros, porque ignoramos cuáles sean la naturaleza del terreno, las distancias y los nombres de las localidades que mencionais, ó antes de ponerlo en conocimiento del sultán nuestro amo.

Siempre que querais arreglar con nos el asunto, estamos prontos á enviar los ingenieros al efecto, y á tratar esta y otras cuestiones de que pueden ser encargados en paz y armonía, y deseoso de hacer cuanto fuere justo y satisfactorio para ambas partes.

A fin de daros una prueba mas de nuestro deseo de mantener la paz con el gobierno español, os hacemos la siguiente proposición: — «En el caso de que los ingenieros no convinieren en la demarcación de límites, circunstancia que me seria muy sensible, cada uno de nosotros elegiria un tercero en discordia, y aceptaríamos su decisión.» — Esta proposición tiene por objeto exclusivo el asegurarnos que esperamos poder arreglar la cuestión sin recurrir á las armas.

Como os habeis retirado á bordo de un buque á fin de facilitaros la interpretación de nuestra contestación, os remitimos la traducción de nuestra carta.

24 octubre 1859.

MOHAMED-EL-KATIB.

— Hé aquí ahora tomadas de la *Gaceta de Madrid* las circulares dirigidas por el ministro de Estado á los representantes de S. M. C. en las cortes de Europa:

NUMERO 1º

Madrid 24 de setiembre de 1859. — La prensa periódica española y extranjera se ha ocupado del conflicto que recientemente ha surgido entre el gobierno de la reina y el gobierno marroquí.

Como las apreciaciones hechas hasta ahora pudieran dar ocasión á que no se juzgase con toda exactitud el perfecto derecho que en este negocio nos asiste y las intenciones de España, el gabinete, honrado actualmente con la confianza de la corona, se cree en el deber de dar á los gobiernos de Europa, por medio de los representantes de la reina, francas explicaciones acerca de una cuestión, que juzgada con ánimo imparcial y sereno, será una nueva y señalada muestra de la moderación y justicia que preside á todos sus actos.

Acababan de terminarse satisfactoriamente, con la celebración de un convenio firmado en Tetuan á 23 de agosto último, las graves diferencias suscitadas en estos últimos tiempos entre España y Marruecos, sobre límites de Melilla y apresamiento de buques, cuando los moros de la kabila de Anjera, en número de 1,500, atacaron la plaza de Ceuta. La escasa guarnición de aquel presidio rechazó la acometida, que se renovó en los dias siguientes por mayores fuerzas. Los agresores destruyeron las obras comenzadas para resguardo de

aquella fortaleza, y arrancaron las armas de España colocadas en la piedra que marca la línea divisoria entre el campo español y el marroquí.

El gobierno de la reina apenas tuvo conocimiento de este hecho injustificable que lastimaba su decoro y la dignidad de la nación, comunicó instrucciones al cónsul general de España en Tánger, para que pidiese la inmediata reparación de la ofensa hecha al pabellón nacional, y dió las órdenes oportunas á fin de reforzar la guarnición de Ceuta en la proporción conveniente. Al mismo tiempo, y como continuasen casi sin interrupción los ataques de los moros, dispuso la formación en Algeciras de un cuerpo de ejército de observación, y mandó reunir en aquel puerto las fuerzas navales necesarias para atender á todas las eventualidades.

A pesar de la gravedad del ultraje y de su propósito de alcanzar la debida satisfacción, el gobierno de la reina, cuyo espíritu recto y conciliador conoce V...., tuvo ocasión de dar en aquellos momentos una nueva prueba de su moderación. Apenas recibió por conducto oficial la noticia de la muerte del emperador Abd-El-Rhman, se adelantó por su propia iniciativa á ampliar en la proporción conveniente el plazo señalado para la reparación pedida.

Mientras no termine aquel, el gabinete de Madrid se limitará como hasta ahora, á rechazar con la fuerza las agresiones contra Ceuta; pero terminando el plazo sin alcanzar lo que la justicia exige, procurará obtener por medio de sus armas la seguridad de las plazas españolas en la costa africana, y el respeto de sus incontrovertibles derechos.

Tal es el estado en que se halla hoy la cuestión pendiente entre España y Marruecos, y tales son los hechos que la han motivado.

En toda ella el gabinete de Madrid no se ha apartado un solo instante de su deliberado propósito de no acudir al empleo de la fuerza sino en el último extremo, y cuando ya no pueda abrigar esperanza de que sean eficaces sus gestiones diplomáticas.

En este caso, en virtud de su derecho, está resuelto á emplear, para reparar la ofensa que se le ha inferido, los mismos medios de que en casos semejantes han usado otras naciones.

El gabinete de Madrid deplora sinceramente las consecuencias eventuales del presente conflicto; pero tranquiliza su conciencia la seguridad que tiene de no haberlo suscitado, y la convicción que abriga de que si llegase el caso, al llevar por esta causa sus armas á Africa, lo haría cumpliendo un deber de que á ningún gobierno ni á pueblo alguno es dado prescindir.

Por lo demás, el gobierno de la reina no cede en esta cuestión al impulso de un deseo preexistente de engrandecimiento territorial. Las operaciones militares, si comenzasen, tendrían por único objeto el castigo de la agresión y la celebración de acuerdos encaminados á dar garantías materiales y eficaces para evitar su repetición. V...., sin embargo, no puede desconocer que en la actualidad no es dado prever la extensión é importancia de aquellas operaciones, ni la naturaleza de las garantías que el gobierno de la reina pudiera verse en la necesidad de pedir para asegurar el respeto á sus derechos.

Puede V.... dar lectura de este despacho al señor ministro de Negocios extranjeros.

De real orden, etc. Dios, etc. — Firmado.

SATURNINO CALDERON COLLANTES.

NUMERO 2º

Madrid 20 de octubre de 1859. — Los esfuerzos del gobierno de S. M. para el mantenimiento de la paz han sido de todo punto infructuosos; el espíritu conciliador y recto que le ha guiado en las negociaciones seguidas con el gobierno marroquí, no ha alcanzado á vencer la inconcebible resistencia que ha opuesto desde un principio el ministro del rey de Marruecos á las justas demandas presentadas por el gabinete de Madrid.

El representante de S. M. la reina nuestra señora en Tánger se ha retirado con todo el personal de su misión. El rompimiento de las relaciones entre ambos gobiernos es por tanto un hecho consumado.

En mi circular de 24 de setiembre manifesté á V.... cuáles eran los propósitos del gobierno de la reina en este punto. Estos propósitos han sido fielmente realizados. España ha hecho en bien de la paz cuanto ha sido posible; pero el caso que entonces preveía ha llegado, y el gobierno de S. M., fuerte en su derecho y seguro de no haber suscitado un conflicto, cuyas consecuencias deplora anticipadamente, está resuelto á dar principio á las hostilidades.

Al apelar á este medio supremo, se cree en el deber de dar á conocer la indudable justicia que para ello le asiste, á los gobiernos con quienes se complace en mantener amistosas relaciones.

Tal es el objeto del presente despacho.

La Europa entera conoce por experiencia propia las violencias cometidas en todos tiempos por las indómitas tribus que habitan la costa del Rif. Los numerosos buques que cruzan diariamente el Estrecho, se ven expuestos á los ataques de los cábaros moros, que á veces han ejercido en alta mar actos de piratería. Apenas hay nación alguna cuyos súbditos no hayan experimentado por esta causa pérdidas de consideración.

La España, á mas de los perjuicios que con esto se originaban á su comercio, veía constantemente amenazadas sus plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, cuyas guarniciones diezaban las incesantes acometidas de los rifeños.

El gobierno de S. M., aunque hubiera podido con arreglo á derecho, emplear los medios de que dispone para castigar severamente tales desmanes, ha acudido siempre al gobierno marroquí, pidiendo reparación de los agravios y garantías de seguridad para las plazas españolas de la costa africana.

Dando señaladas muestras de su deseo de conciliación, entabló negociaciones con este objeto, y en los últimos días de agosto se firmó, como V... sabe, un convenio encaminado á alcanzar tan beneficioso fin. En él no se incluyó la plaza de Ceuta, porque el gobierno español confiaba que el marroquí refrenaría á las tribus comarcanas, mas dóciles que los rifeños, y que no ofrecían por tanto, con su vecindad á la fortaleza española, los mismos inconvenientes que aquellos.

Al mismo tiempo que se firmaba aquel tratado, los moros de la provincia de Anjera, auxiliados por tribus vecinas, atacaron á Ceuta y renovaron durante varios días sus agresiones, obligando al gobierno de la reina á reforzar la guarnición de aquel presidio, y dando lugar á varios encuentros en que murieron algunos soldados españoles.

El gabinete de Madrid reclamó inmediatamente el castigo de los culpables, la satisfacción debida y garantías para el porvenir en la misma forma que las había obtenido respecto á Melilla.

La naturaleza de estas debe ser proporcionada á los daños causados y la importancia de la plaza.

Las circunstancias especiales en que se halló el imperio marroquí por la muerte del sultan, y el ardiente deseo que animaba al gabinete de Madrid de terminar pacíficamente aquel conflicto, le hicieron ampliar por dos veces los plazos señalados para alcanzar la reparación debida.

Esta nueva muestra de moderación no produjo el efecto que era de esperar.

Dos meses trascurrieron sin poder obtener respuesta definitiva á las fundadas reclamaciones del representante de S. M. en Tánger. El ministro marroquí Sidi-Mohammed-el-Katib contestaba á ellas con subterfugios, ó cuando mas con promesas vagas de hacer justicia.

Próximo se hallaba á espirar en 15 del presente mes el último término, y todo lo que se había podido obtener era la oferta en principio de castigar á los culpables y de saludar el pabellón español, quedando en litigio los nuevos límites del territorio jurisdiccional de Ceuta, cuya ampliación demostraban ser necesaria las recientes agresiones. Eran insuficientes para el resguardo de la plaza los señalados en el convenio de 1845, y lo hecho respecto á Melilla por la misma causa en el convenio de 25 de agosto de este año, aprobado por el nuevo rey de Marruecos debía aplicarse á Ceuta para evitar la renovación de los ataques.

En los últimos días del plazo señalado, las negociaciones tomaron diferente giro. El ministro marroquí dirigió al cónsul de S. M. en Tánger dos notas, cuyo contenido hizo concebir al gobierno de la reina la lisonjera esperanza de conservar la paz, y de alcanzar con sus gestiones diplomáticas lo que exigía la dignidad de la nación y de su legítimo interés.

En la primera de estas notas, fecha 11 del presente mes (13 de Rab-bich el primero año de 1276), manifestó Sidi-Mohammed-el-Katib haber recibido un firman de su amo, dándole plenos y amplios poderes para que accediese á las reclamaciones españolas. Añadía en la misma nota que aun no había recibido respuesta de su soberano á la consulta que le había hecho sobre los puntos en litigio; pero que no la necesitaba, pues había sido autorizado para arreglar todos los asuntos pendientes.

En la segunda, de fecha 13 del actual (16 de Rab-bich, el primero año de 1276), contestando el ministro marroquí á una nota del representante de S. M., en que este insistía en que declarase si aceptaba ó no la demanda por él presentada, para que se cediesen á Ceuta nuevos límites jurisdiccionales hasta las alturas mas convenientes para la seguridad y resguardo de la plaza, Sidi-Mohammed-el-Katib, despues de decir que había creído que dichas alturas estaban dentro de los límites antiguos (los de 1845), hizo la siguiente manifestación... «pero si no es como creemos, y siendo nuestra voluntad alejar toda cosa que puede ocasionar algun daño y disgustos entre ambas partes, aceptamos que los expresados límites sean ensanchados hasta los parajes elevados mas convenientes para la seguridad y desahogo de dicha plaza.»

El gobierno de S. M., que debía considerar en vista de tan terminantes declaraciones satisfactoriamente resueltas todas las dificultades hasta entonces suscitadas, se apresuró á manifestar al representante de la reina en Tánger la forma en que debían llevarse á cabo las satisfacciones reclamadas y tan explícitamente ofrecidas.

En nota de 16 de este mes consignó el señor Blanco del Valle, con arreglo á sus instrucciones, las solemnidades con que aquellas habían de llevarse á cabo.

Estas eran:

1º Que el bajá ó gobernador de la provincia colocase por sí las armas de España, en el sitio donde se hallaban cuando fueron derribadas, y que las hiciese saludar por sus soldados.

2º Que los culpables de la agresión recibiesen el ejemplar castigo de que eran dignos (ante la guarnición de Ceuta), por mano de las tropas marroquíes.

3º Que el gobierno marroquí designara dos ingenieros, que en union de otros dos españoles, determinarían los parajes mas convenientes para la nueva línea, en el concepto de que habían de tomar por base de la demarcación la Sierra de Bullones.

Viva y profunda fué la sorpresa que produjo en el ánimo del gobierno de la reina la respuesta que Sidi-Mohammed-el-Katib dió á esta nota.

El ministro marroquí contestó, negando todo lo que había concedido tan explícitamente, torciendo el espíritu de las notas del representante español, y desmintiendo lo que en su comunicación del día 11 había dicho sobre haber recibido plenos poderes para arreglar las cuestiones pendientes con España.

El gobierno de S. M. vió con indecible pesar desvanecidas las esperanzas legítimas que había concebido, y correspondidas con deslealtad la generosidad y buena fe que había demostrado en todo el curso de las negociaciones; y convencido de que ni la dignidad de la nación, ni su propio decoro le consentían continuar tratando con quien desconocía á tal punto la hidalguía de sus sentimientos, dió orden al cónsul general de España en Tánger para que despues de demostrar una vez mas al ministro marroquí en una nota razonada la consecuencia de su proceder, bajase su pabellón y se retirase con todo el personal de la misión española, declarando terminadas las negociaciones, y encomendando á la fuerza de las armas la resolución del conflicto suscitado y la satisfacción del ultraje inferido al pabellón nacional.

Esta sencilla relación de todos los hechos ocurridos desde que se provocó el conflicto demostrará á V... la imprescindible necesidad en que se halla el gobierno de la reina de apelar á la fuerza para dirimir la contienda empeñada. Este es el último aunque doloroso recurso cuando se promueven graves y profundas diferencias entre dos pueblos, y cuando uno de ellos, como en el presente, desoye la voz de la razón y de la justicia.

No dudo que el gobierno de S. M. el rey de... reconocerá fácilmente que esta se halla del lado de España.

El gobierno de la reina apela en esta solemne ocasión á su juicio y al de los gabinetes extranjeros, seguro de que en todos hallará la simpatía que inspiran la moderación, la dignidad y la firmeza que ha procurado conciliar con la defensa del honor nacional ofendido y de intereses legítimos; sentimientos de los cuales prescindirá, aun cuando la victoria corone los esfuerzos de su generoso ejército.

En el curso de la guerra próxima á comenzar, el gabinete de Madrid respetará los derechos de las potencias neutrales, y protegerá á los súbditos de las naciones amigas establecidos en los puntos del imperio de Marruecos, que sean ocupados por las armas españolas.

En este sentido se han comunicado las prevenciones oportunas al comandante de la escuadra destinada á operar en las costas de Marruecos y á los jefes de los cuerpos del ejército expedicionario.

España confía á sus fuerzas de mar y tierra la defensa de su honor ofendido y de sus intereses lastimados. Apoyada en la justicia, segura de haber demostrado su moderación con actos irrecusables, sin combinación con ninguna otra potencia, exenta de toda mira ambiciosa, quiere poner término con una guerra al estado insufrible de hostilidad en que los moros fronterizos de sus plazas se hallan perpetuamente, respecto á sus guarniciones.

Sin embargo, cualesquiera que sean el término de las operaciones militares y la naturaleza de las garantías que el gabinete de Madrid exija para asegurar el éxito de aquellas, y evitar la repetición de los atentados cometidos contra sus plazas, el gobierno de S. M., fiel á sus propósitos, respetará los intereses existentes y los derechos de todos los pueblos, y no ocupará permanentemente punto alguno, cuya posesión pueda proporcionar á España una superioridad peligrosa para la libre navegación del Mediterráneo.

España ha procurado mantener con Marruecos relaciones pacíficas y aun amistosas, y con este objeto ha formado en el trascurso de un siglo cuatro tratados: su ejecución hubiera disipado gradualmente todo motivo de perturbación y de lucha; pero la ignorancia ó el abandono del gobierno marroquí los violaron siempre, apenas llegaron á celebrarse, despues de laboriosas negociaciones.

Tiempo es ya de que cese entre dos pueblos vecinos una situación tan irregular y peligrosa para nuestro sosiego é intereses. Lo que ni la razón ni los esfuerzos perseverantes de gobiernos ilustrados pudieron alcanzar, habrá de lograrse por la fuerza robustecida por la justicia.

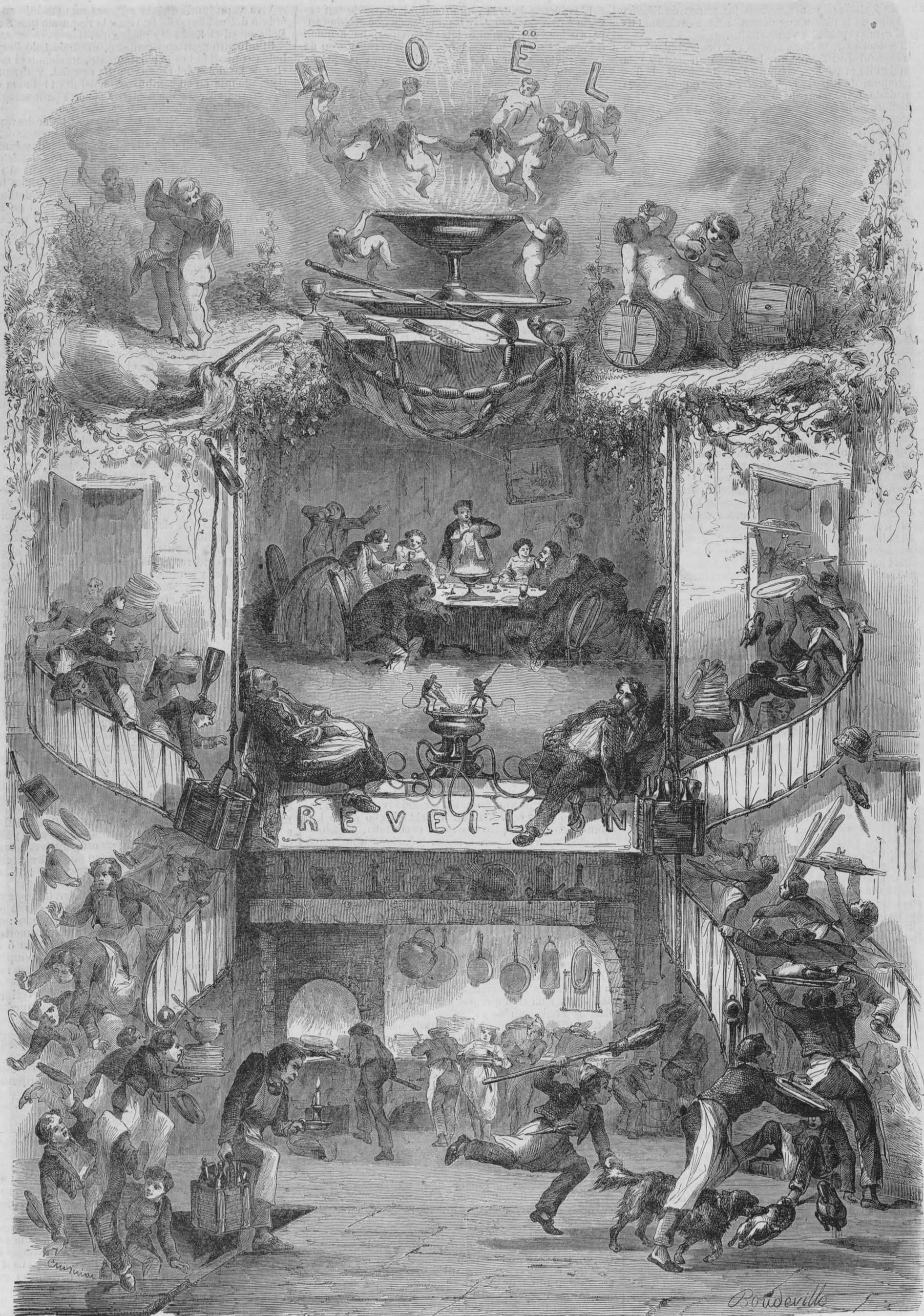
V... se servirá dar lectura y entregar copia de este despacho á ese señor ministro de Negocios extranjeros. De real orden, etc. — Firmado.

SATURNINO CALDERON COLLANTES.

### La fiesta de Navidad.

EL CHRISTKINDEL Y HANS TRAPP EN ALSACIA.

En Inglaterra, la fiesta de Navidad es la mayor solemnidad religiosa del año, y tambien la que mas alegremente celebran las familias. En este día se reconcilian los enemigos que no han pagado tributo al precepto cristiano que prescribe «que nos amemos los unos á los otros,» los clientes vienen á saludar y dar gracias á sus patrones; los ricos redoblan sus beneficios y sus limosnas, los niños saltan al cuello de sus parientes para abrazarlos, deseándolos mil prosperidades, y los parientes descubren á los ojos admirados de la familia menuda, sables, coches, muñecas, muñecos y una infinidad de tesoros de azúcar cande. Por la noche, una mesa ale-





LA NOCHEBUENA EN ALSACIA. — CHRISTKINDEL Y HANS TRAPP PREGUNTANDO SI LOS NIÑOS HAN SIDO BUENOS.

H. Schuler

grememente servida, reúne a toda la familia; esto es todo lo que queda en la Europa moderna del festín patriarcal tan querido de nuestros padres.

En España, Navidad es una gran fiesta para la Iglesia, y continúa siéndolo aun en la mayor parte de las familias. Nada más justo que la Iglesia cristiana honre como uno de los días más grandes del año, el que está consagrado a la Natividad de Jesucristo. En las grandes ciudades, en las apartadas aldeas, en los solitarios caseríos, en los aristocráticos salones, como en el humilde hogar de la familia, padres é hijos, esposos y hermanos, grandes y pequeños, todos se entregan la víspera de Navidad a una alegría sin límites, tan espontánea como dichosa, y en todas partes se espera con ansia el solemne momento en que la proverbial cena ha de reunir un año más a la familia, dando lugar a variadísimas escenas, a episodios siempre nuevos y siempre gratos.

El ruido de los instrumentos pastoriles, los villancicos y las coplas antiquísimas, el acompañamiento de sonidos buscados al azar en objetos que solo sirven para el caso por el ruido que producen, todo ese confuso rumor que sale por todas las puertas, que hace adivinar al hombre aislado, que recorre las calles antes de que el reló dé doce campanadas, en cada casa un centro de personas alegres, divertidas, que le hace comprender los encantos del hogar doméstico, que tal vez ha perdido para siempre; ese confuso rumor, repetimos, en el que todos ahogan sus penas, con el que todos dan treguas a sus pesares, se repite por todas partes como un eco continuo, y reasume en sí todos los gritos de la felicidad inocente, de una dicha consoladora.

Desde las doce en adelante, el ruido abandona la casa y recorre las calles, repartiéndose en todos los templos en donde se celebra el sacrificio de la misa; todos los parajes de la capital se ven poblados de transeuntes, unos que buscan sus casas sin poder encontrarlas, otros que las abandonan, quizás para colocarse en la situación de los primeros; ninguno tiene sueño, todos tienen alguna frase con que excitar la hilaridad, todos celebran a porfía una efeméride que el cristianismo ha escrito en las páginas de su historia con caracteres indelebiles, y esta alegría, esta algazara no puede ser más pura, porque con ella se solemniza el nacimiento del hombre Dios, tan fecundo en grandes beneficios para la humanidad.

Todos los años se asimila la víspera de la Natividad de Jesús; nuestra sociedad, que en los demás días, no se parece a los pasados, es en la Nochebuena la misma de siempre; retrocede muchos, muchísimos años. Esto, donde se nota más, es en los pueblos, pero ni aun en Madrid, donde todos los días se renuevan las costumbres, ha podido olvidarse la que venimos refiriendo.

No ignoramos que estas costumbres tienden de día en día a desaparecer, y no hacemos ánimo de deplorar en tono trágico la pérdida de la sopa de almendra. Si es una superstición condenable poner nacimientos y dar aguinaldos a los niños el primer día de Pascua, y cenar la víspera en familia, consentimos de buen grado en que se suprima; pero si no hay en esto nada que no sea muy inocente, nos atrevemos a decir que son costumbres dignas de conservarse, porque estrechan la vida de la familia.

Es una filosofía bien falsa la que hace la guerra a estas dulces solemnidades del hogar. Es preciso ante todo hacer una cosa respetable: es preciso en seguida hacerla agradable. Es muy conveniente que los niños se acostumbren así a ir de una fiesta en otra, a ganar con el trabajo el placer que se les promete, y a contar como sus mejores recompensas esas alegrías domésticas, protegidas por el padre y la madre, la Providencia visible de la casa.

Estas humildes fiestas valen más para la moral y para la patria que las frías y enojosas disertaciones sobre la familia. En vez de condenar la cena de Nochebuena, compadezcamos al ausente que vive lejos de la mesa donde se reúnen los suyos; ¡compadezcamos al que no los tiene, que vive solo en el mundo!

En Francia, generalmente hablando, la fiesta de Navidad no se celebra con tanto aparato; en Francia se reservan todos los apetitos, todas las visitas y todos los regalos para el día de Año nuevo.

Sin embargo, hay provincias donde se celebra la Natividad, y una de ellas es la Alsacia, provincia que tiene tanto de las costumbres alemanas. En la Alsacia la Natividad es la fiesta de los niños; la madre les dice que si se conducen bien, el niño Jesús, el Christkindel les hará regalos por Nochebuena. Con este motivo se celebran ferias donde no se venden más que juguetes, y como coinciden con el nacimiento del niño Jesús, las llaman *Christkindel-Smarkt*. Llevan a los niños a estas ferias; les hacen admirar las muñecas, los soldados de plomo, los caballos de madera, los sables y demás juguetes que tanto maravillan a las criaturas, y les repiten lo que les han dicho durante todo el año, que si son buenos, el niño Jesús les enviará en la Nochebuena un ángel cargado de regalos. No obstante, como los padres han notado hace muchos años que la esperanza de estos obsequios no bastaba para que siempre los niños fuesen dóciles, imaginaron asustarlos con el anuncio de un personaje diabólico que acompaña al ángel bueno, con el encargo de castigar a los niños malos.

En Alemania, este compañero del *Christkindel* se llama *Pelznickel* ó *Pelzmichel* (Nicolás ó Miguel el Velludo), denominado así porque el personaje va por lo común cubierto de pieles. En la Baja Alsacia, en el Palatinado y en una parte del ducado de Baden, se llama *Hans Trapp*.

El origen de este nombre, que data del siglo XV, es bastante curioso. En 1483 Juan de Dratt (ó de Trott), mariscal de la corte del elector palatino, fué investido del mando del castillo de Barbelstein, situado entre Landau y Wissemburgo. Desde su castillo el mariscal de Dratt imponía toda clase de vejámenes a las gentes de la abadía de Wissemburgo. Cogía en rehenes a los viajeros, saqueaba las aldeas, se apoderaba de los derechos de caza y de pasto, atajaba el río para que se pasasen los molinos, y tenía un placer infernal en oír a los pobres aldeanos cómo se quejaban de su tiranía. Así se hizo en breve el terror del país, y muchos años después de su muerte, los padres hacían temblar a sus hijos diciéndoles: Cuidado que viene Juan Dratt. El nombre se fué corrompiendo y vino a ser Juan (en alemán, Hans) Trapp.

Hoy el castillo de Barbelstein no presenta más que un montón de ruinas; los crímenes del feroz mariscal están olvidados, y su nombre solo sirve para meter miedo a los niños.

Ha llegado la noche del 24 de diciembre; los padres compraron con sigilo juguetes en la feria. En un cuarto ponen un arbolito que tiene encima un ángel con alas de oro, todo él cargado de velitas, dulces, manzanas y nueces de oro y de plata. Al rededor están los juguetes de grandes dimensiones; los caballos de madera, las cocinas, etc. En las mesas, alumbradas por muchas bugías, están formados en batalla los soldados de cartón con sus cañones de madera y sus fortalezas guarnecidas con puentes levadizos. Las muñecas, los fusiles y los tambores adornan las paredes.

Los niños experimentan al mismo tiempo la esperanza y el temor. La niña cuenta con una bonita muñeca, pero muchas veces ha sido golosa, y aun cuando lo ignora su madre, Hans Trapp podría haberlo visto. El niño sueña con fusiles y tambores; pero no los tiene todas consigo, porque muy a menudo ha desobedecido a su madre.

De repente se oye una campanilla de sonido argentino, se abre la puerta y aparece *Christkindel*. Es una mujer vestida de blanco, de larga cabellera rubia, que por lo común se figura con cañamo. Lleva el rostro cubierto de harina para que no la reconozcan, y en la cabeza una corona de papel dorado. En una mano tiene la campanilla, y en la otra un canastillo con confites.

Detrás de *Christkindel* se ven, por la puerta entreabierta, los juguetes del cuarto contiguo. La alegría de los niños ha llegado al colmo, pero de repente se cambia en espanto. Se oye un ruido de hierro y aparece *Hans Trapp*, cubierto el cuerpo con una piel de oso, la cara negra, una barba muy larga, y en la mano un instrumento de castigo.

Los niños tiemblan y se esconden. *Hans Trapp* pregunta con voz cavernosa dónde están aquellos que han sido malos, y les distribuye algunos azotes. Pero *Christkindel* interviene; los niños le prometen ser muy buenos en lo sucesivo, y el ángel ahuyenta al demonio, y les conduce delante del árbol de Nochebuena para repartir entre ellos los juguetes. Los niños se apoderan de todo cuanto hay allí rebosando de júbilo; en medio de sus gritos y de los sonidos de las trompetas y de los tambores *Christkindel* ha desaparecido, y las criaturas olvidan muy luego el terror que *Hans Trapp* les ha inspirado.

P. R.

### Soneto.

Dicen que cuando cubre la pureza  
Una frente de virgen con su velo,  
Suaves miradas le dirige el cielo  
Y le dan las estrellas su belleza.

Pero si el vicio mancha su limpieza  
Vertiendo en ella su funesto hiel,  
Levanta el ángel de su guarda el vuelo  
Y Dios torna a otro lado la cabeza.

Yo en el mundo soy jóven y soy pura;  
Divino Salvador, Dios poderoso,  
Contémplame tus ojos con ternura,

Y que el ángel me guarde cuidadoso,  
Pues cayera a tus piés agonizante  
Si tú al verme volvieras el semblante.

### Dios y la mujer culpable.

PASAJE DE LA BIBLIA.

Sentado en una peña,  
Inclinado a la tierra el rostro angusto  
Y los largos cabellos extendidos,  
En las arenas dibujaba el Justo  
Signos desconocidos.

Ante él el pueblo airado  
Castigo con furor le demandaba  
Contra una mísera mujer impía,  
Que su terrible ley apedreama  
Con bárbara alegría.

La multitud inquieta  
Las voces con más fuerza repetía;

Gime de horror la víctima y de espanto,  
Y él inclinada la cabeza en tanto  
A nadie respondía.

Con majestuosa pausa  
Al fin alzando la divina frente,  
Al pueblo turbulento y agitado  
Respondióle con voz omnipotente  
Y acento sosegado:

« Aquel de entre vosotros  
Que no tuviera culpa ni pecado,  
Acuse con justicia inexorable,  
Y la primera piedra denodado  
Arroje a la culpable.»

Avergonzado el pueblo  
Se alejó al escucharle, con presteza;  
La víctima besó sus piés gimiendo,  
Y otra vez inclinando la cabeza  
Siguió Dios escribiendo.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.  
(De la isla de Cuba.)

### Revista de la moda.

SUMARIO. — El mundo aristocrático continúa en la caza. — De las manías actuales: las comidas y los caballos. — Sobre la moda masculina. — Paletós de paseo. — Proyectada resurrección de la casaca bordada. — El calzon corto es de rigor en Tullerías. — Trajes de soirée. — Traje casero y traje de vestir. — Descripción del figurin de este número que representa tres trajes diferentes.

La aristocracia parisiense sigue entregada aun a los placeres de la caza; por consiguiente, hay pocas fiestas que señalar todavía. Mientras llegan los grandes bailes, se representan comedias y se dan banquetes. Las comidas de ceremonia están a la órden del día.

Pero es de advertir que no son ya aquellas comidas clásicas que se daban en otro tiempo; los millonarios hacen gastos excesivos para presentar a sus convidados manjares no conocidos ahora, platos imposibles. ¿Qué dirían mis lectores si les presentaran un asado de oso salado y macerado en jarabe de arce, mezclado con jugo de berros y adornado con maíz tostado y pulverizado? Dirían que es un plato salvaje, y tendrían razón; yo añadiré que en las grandes comidas siempre se ve algo por el estilo.

La cocina francesa ha entrado en estos refinamientos estrambóticos; así es que hoy en París un cocinero tiene que sufrir exámenes muy detenidos.

Un cocinero reúne a todas las autoridades del arte culinario, alquila un salón, una cocina, un comedor, un servicio lujoso de porcelana, plata, cristales y mantelería, y prepara una comida según el programa de los examinadores designados por la comisión de los cocineros reunidos. Por las perfecciones de la comida recibe su diploma el cocinero ó lleva calabazas.

Otra pasión que la gastronomía posee también a la alta elegancia parisiense, y es la de los caballos y las cuadras.

A imitación del príncipe de Condé, algunos grandes señores tienen caballerizas monumentales, pero con un lujo que entonces no se conocía. Las caballerizas de lord Pembroke son un verdadero palacio donde tienen toda clase de comodidades los animales. Son dignas de ser visitadas.

¿Qué diré hoy de las modas masculinas? — Veamos si hay algo nuevo que señalar a mis lectores.

En cuanto a paletós hay el Dorsay, el paletó a la inglesa y el paletó saco. Algunos jóvenes llevan capotes con esclavina y cuello, capotes que les dan un aire británico.

Como tentativas de elegancia y novedad, diré que se quiere resucitar el frac bordado.

¿Se logrará esto? — Hasta el día los hombres de mundo prefieren el paño de azul al terciopelo, género Marqués.

Son otros los tiempos y otras tienen que ser las costumbres.

No es propio del día aquel vestir rebuscado y perfumado de los pasados siglos; un jóven no hace hoy reverencias graciosas redondeando la pierna y con el sombrero apuntado bajo el brazo. Este *paso de Richelieu* ha pasado de moda hace mucho tiempo.

Además, el frac de terciopelo, así como el calzon corto, no sienta bien a todos los hombres; la mayor parte estarían ridículos con esa vestidura.

Sin embargo, en Tullerías el calzon corto y el pantalón ajustado son de rigor.

Los bordados de fantasía se componen de un cuello, bocamangas estrechas, vivo en la casaca y un escudo debajo del talle.

La forma del frac sigue a la francesa. El bordado de oro es el más en boga.

Para trajes nocturnos de salón, la moda está encerrada en estos tres colores; negro, azul y bronce. Ya no se llevan solapas de seda en los fracs de soirée, y se han reemplazado con solapas de terciopelo.

Hé aquí dos tipos de trajes completamente distintos; el uno es casero y el otro de vestir.

El primero se compone de una bata de terciopelo color de violeta forrada de marcelina anaranjada y guarnecida con un rico galon de color de violeta. Se sujeta al talle con un chal de cachemira violeta, blanco y anaranjado. El pantalón es de cachemira gris con cordón al talle.

El traje de vestir se compone de un paletó-levita que oculta un bonito chaleco de cachemira, un poco largo por abajo y cerrado con seis botones. El pantalón está en diagonal color avellana con vivos a los lados. Camisa con pechera de batista. Corbata larga de raso azul. Guantes color de lila.

En cuanto al figurín que damos hoy, puede considerarse como una muestra muy elegante de los trajes del mundo aristocrático.

El primer personaje es un boyardo ruso. Lleva una esclavina de paño verde ruso guarnecida al rededor con marta zibelina, así como el cuello, las solapas y las bocamangas. En el pecho tres presillas de seda. Bolsillos á los lados. Debajo de esta esclavina de pieles lleva un traje de vestir, frac ó levita. El pantalon es gris y bronceado, con vivo á los lados y sin trabillas.

Sigue á este personaje un jovencito de catorce á quince años. Este elegante en ciernes lleva como primer vestido una jaqueta que se abotona derecha con un chaleco de chal un poco largo que pasa al rededor. Sobre esta jaqueta tiene un paletó ribeteado con un galon de terciopelo cosido llano de una anchura ordinaria que se cierra sobre el pecho con tres carteritas abotonadas. El pantalon es mezclilla gris y negro.

El tercer personaje es un jóven de veinte y cinco á treinta años con un traje de vestir, que recomendamos por su elegancia y sencillez. Así comprendemos el vestir de un hombre rico, pues ese bonito sobretodo de una tela abrigada color de avellana, forrado interiormente de seda con los delanteros y el cuello de terciopelo, caracteriza perfectamente al hombre de mundo en toda la acepción de la palabra. La levita de paño azul que cierra sobre el delantero, un bonito chaleco abotonado alto, y el pantalon de rayas sobre fondo gris no dejan nada que desear.

El último traje es de soirée. — El frac es de paño negro y no se abotona. Los faldones forrados de seda son largos y cuadrados; las mangas de forma actual, y las solapas dejan á la vista un chaleco de piqué blanco guarnecido con un transparente de terciopelo epinglé rosa. Pantalon negro, de una anchura ordinaria, y corto para que se vea el zapato adornado con lazos de cinta; corbata blanca y guantes de color de paia.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### La expedición francesa contra Marruecos

El *Monitor* del 27 publica la siguiente relación oficial de las operaciones ejecutadas por el general Martimprey contra las tribus marroquíes:

« El cuerpo expedicionario de Marruecos ha vuelto á pasar la frontera después de haber alcanzado plenamente el objeto que el emperador había asignado á sus operaciones.

No se trataba esta vez de extender el territorio, cosa que ningun interés reclamaba, sino únicamente de imponer un castigo severo y decisivo á las tribus marroquíes que en agosto y setiembre últimos invadieron los círculos de Maghia y Nemours.

Un titulado cherif, tomando el nombre tradicional de Mohammed-ben-Abdallah, había surgido por entonces entre estas tribus y excitádolas á la guerra santa. Acercábase el trigésimo año de la ocupación francesa, prefijado por ciertas creencias musulmanas como término de nuestra dominación.

La calma que reinaba en la frontera hacia algun tiempo, había hecho nacer en ella una seguridad de que supieron sacar desde luego partido los fanáticos partidarios del cherif, sorprendiendo algunos convoyes civiles, los soldados aislados, y en fin, hasta un reconocimiento de caballería en el cual dos escuadrones franceses, abandonados, vendidos quizá por los *goums* encargados de explorar el terreno, se vieron envueltos por multitud de jinetes marroquíes, y perdieron unos treinta cazadores y spahis.

De resultados de estos efímeros triunfos, los partidarios del cherif, á fin de engrosar su número y exaltar aun mas las imaginaciones, pasearon triunfalmente por todas partes los sangrientos despojos de nuestros soldados, y luego creyeron poder intentarlo todo, hasta atacar el puesto fortificado de Zuia, en el círculo de Maghia y el campamento francés de Tiuly, en el círculo de Nemours.

Si bien fueron rechazados los marroquíes en Zuia, la corta guarnición del reducto no pudo perseguirlos. En Tiuly, aunque contaban con 6 á 7,000 combatientes, sufrieron el 11 de setiembre una derrota completa y no se detuvieron en su fuga hasta mas allá de la frontera, dejando abandonados sus muertos, sus bagajes y hasta la tienda de su supuesto cherif.

Estos descalabros bastaron para disipar las bandas de Mohammed-ben-Abdallah, pero no para asegurar el porvenir.

El emperador quiso que los que se habían atrevido á dudar de nuestras fuerzas recibieran un castigo mas severo, y que resonara sobre todo en el corazón mismo de sus tribus. Por otra parte, nada podia pedirse al gobierno marroquí, sabiéndose que es impotente para hacer respetar tan lejos su autoridad.

El ministro de la Guerra ordenó la formación de un cuerpo expedicionario á las órdenes del general Martimprey, jefe superior de las fuerzas de mar y tierra en la Argelia. Este cuerpo constaba de dos divisiones de infantería, mandadas por los generales Walsin de Esterhazy y Jusuf, y de una division de caballería mandada por el general Desvaux.

Además de este cuerpo principal que debía operar en el Norte al alcance de los puntos de abastecimiento, otras dos columnas expedicionarias de fuerza mucho menor, fueron organizadas con el objeto de operar en el Sur contra los maia, los angades, los beni-guil y otras tribus nómades que tambien habían tomado parte en las agresiones, creyéndose muy seguras de en-

contrar, en caso necesario, un refugio inaccesible para nosotros en las profundidades del Sahara marroquí.

Una de estas columnas, á las órdenes del general Durieu, tenía por punto de partida y base de sus operaciones á Sebdu; la otra mandada por el comandante de batallon Colomb, pero bajo la dirección del general Durieu, se había organizado en Geryville.

Entre las tribus que se trataba de castigar, los Beni-Snassen, que pertenecen á la raza kabila, ocupan el primer rango.

El número de sus fusiles, el difícil acceso de sus montañas en las cuales ningun ejército había penetrado aun, les aseguraba un prestigio secular. Además, han sabido crearse lejanas alianzas, tanto en las tribus kabilas del Riff, hácia el Oeste, como entre las tribus árabes de la llanada de Angades y de la cadena del Zekkara, hácia el Sur. Su cheikh, El Hadj-Mimun, es por otra parte un hombre hábil y enérgico, que debe á su valor personal mas que á las tradiciones hereditarias, la incontestable preponderancia de que goza en estas comarcas.

El general en jefe resolvió obrar desde luego contra esta poderosa tribu, y al efecto señaló el Kis por base de operaciones á su cuerpo de ejército. É hizo construir allí un reducto suficientemente espacioso para guardar las provisiones de toda especie y los hospitales de campaña.

Desde esta misma base hubiera podido el general abordar directamente la montaña por su extremidad Este, pero obrando así hubiera empleado un tiempo precioso en empresas secundarias que no podían dar resultado alguno decisivo, y prefirió por lo tanto, aun á riesgo de tener que superar al principio mayores dificultades, ir á atacar la montaña por su centro, al collado de Ain-Tafuralt.

Sabia que este collado le conduciría inmediatamente al punto estratégico de la cordillera, y que la posesión de este punto, desorganizando todo sistema de defensa entre los beni-snassen, le aseguraría los mas importantes resultados y le proporcionaría un desembocadero ventajoso sobre la llanada de Angades, por la cual se proponía continuar sus operaciones.

La division de Argel había tenido que suministrar su contingente en tropas de todas armas al cuerpo expedicionario, y este no estuvo por consiguiente completamente constituido hasta el 20 de octubre. Por lo demás, la reunion de los abastecimientos y la organización del cuerpo expedicionario se habían ejecutado con tal simultaneidad, que el general en jefe se encontró pronto á tomar la ofensiva.

Para las primeras operaciones era menester acercar las tropas al punto de ataque. No podia lograrse esto y asegurar á la vez toda seguridad para las eventualidades de la lucha, sino creando un segundo reducto almacén. El general Martimprey se propuso ir á determinar por sí mismo el local, y partió de Kis el 21 con la 1ª division de infantería, la caballería y una porción del convoy. Aquella misma noche durmió encima de los algibes del Djeraua, y subió el dia siguiente 22 á las alturas de Mohammed ó Berkan, las cuales ofrecían todas las ventajas apetecibles, ya como posición al alcance del punto de ataque, ya por sus recursos de agua y madera.

La 1ª division dejada enfrente del sitio señalado para el establecimiento del reducto almacén, emprendió activamente su construcción el 23, mientras que el general en jefe regresaba al campamento del Kis con la caballería y los bagajes descargados. El 25 se dirigió la 2ª division con las provisiones á Mohammed ó Berkan; la caballería siguió el mismo movimiento.

Las obras del reducto estaban ya casi terminadas; el 26 fueron completadas, al mismo tiempo que se preparaba el ataque del collado para el siguiente dia 27.

Pruebas crueles esperaban al cuerpo expedicionario al comenzarse las operaciones; el estado sanitario había sufrido en varios regimientos grave alteración; el cólera causaba víctimas y muy dolorosas para el ejército, sin debilitar empero la fuerza moral de las tropas ni disminuir su confianza en el éxito. Así es que fueron recibidas las órdenes para el ataque con extremada alegría y se hicieron los preparativos con tanta prontitud como buena disposición.

Felizmente el 26 pareció notarse una reacción en el estado sanitario del ejército, y esta mejoría siguió una marcha muy rápidamente progresiva.

Un reconocimiento ejecutado el 23 por el general Deligny, con 1,000 infantes, permitió al general en jefe determinar sus disposiciones de ataque.

Cada division de infantería debía formar dos columnas de una brigada cada una, la 1ª sin mochillas para el ataque inmediato de las posiciones, y la 2ª para servir de reserva y cubrir el convoy durante la marcha hasta el pié de la montaña.

Además, para desviar en cuanto fuera posible la atención del enemigo del verdadero punto de ataque é inquietar á los contingentes del Riff y á los de la parte Oeste de la montaña, el general en jefe prescribió á la caballería que se trasladara el 27, al amanecer, sobre la Mulaia, y que se replegara hácia los puntos de ataque de la infantería.

Las columnas de infantería no salieron de sus vivacs de Mohammed ó Berkan hasta las diez de la mañana, es decir, hasta que ya podia suponerse que el movimiento de la caballería había producido todo su efecto útil, y se dirigieron en perfecto orden al pié de las colinas situadas en frente del collado.

La brigada Deligny, de la division Esterhazy, se dirigió derechamente al ataque del collado.

Para llegar á él tenía que atravesar una distancia de 6 kilómetros y subir á una altura de unos 800 metros por un terreno montuoso, pedregoso y accidentado, donde los kabilas habían multiplicado los obstáculos con mucha antelación. Habiendo podido las que estaban delante del campamento de Mohammed ó Berkan seguir los movimientos de la infantería y discernir su objeto definitivo, se reunieron en número considerable en dicha posición.

La brigada Archinard, de la division Jusuf, tuvo que formar un segundo ataque á la derecha de la primera, al través de dificultades análogas y sufriendo además el fuego de las aldeas fortificadas de los Ahl-Tagma, que ocupaban sus habitantes armados.

El ataque fué comenzado por ambos lados con igual arrojo y proseguido con vigor y actividad bajo la hábil dirección de los generales de division, hasta los objetivos designados á las columnas.

A las cinco, el general Deligny plantaba en el collado la bandera del 2º de zuavos, y establecía su brigada en la planicie de Ain-Tafuralt, mientras que el general Jusuf, dueño de la aldea, lanzaba un batallon hácia la entrada de un collado secundario que igualmente abre paso para la misma planicie.

Nuestras armas de largo alcance y el fuego de nuestra artillería nos habían dado una superioridad sobre el enemigo que contribuyó poderosamente á este rápido triunfo.

En fin, el general Desvaux, que había acudido al ruido del cañon, se había encargado pronto de la custodia del convoy, con lo cual pudo el general en jefe disponer desde entonces de las dos brigadas de reserva, pero no tuvo ocasión de empeñarlas.

Por la noche había cesado toda resistencia, los vivacs se establecieron en la planicie y hasta pudo incorporarse en ella parte del convoy. Contábamos una pérdida de 44 hombres entre muertos y heridos, y entre estos últimos 3 oficiales.

Al dia siguiente subieron tambien á la planicie la brigada Archinard y el resto del convoy.

El ejército tenía la llave del país, y como el general en jefe lo había previsto, toda resistencia se hallaba desorganizada en él. Durante el dia se presentaron enviados del cheikh: traían cartas; pero para completar el resultado moral de la operación, el general en jefe quiso que el jefe de la montaña viniera en persona á rendirle homenaje en su campamento.

El-Hadj-Mimum se presentó efectivamente la mañana del 30, pocas horas antes del plazo que le había señalado el general Martimprey.

Aceptó y garantizó las condiciones que el general en jefe juzgó necesario imponer á sus tribus, á fin de reprimir las culpables agresiones en que habían tomado parte. Dió rehenes tomados entre las personas notables de las diferentes fracciones, y se obligó en nombre de estas á pagar una contribución de guerra de cien francos por cada fusil; contábanse unos 11 á 12,000 fusiles en la montaña.

El reducto de Mohammed ó Berkan había dejado de ser necesario para las operaciones; el general en jefe lo hizo evacuar y se preparó á marchar contra las demás tribus que habían tomado parte en las hostilidades de los meses de agosto y setiembre.

Algunas de estas tribus establecen ordinariamente sus campamentos en la llanada que se extiende de Uchda á la Mulaia y entre la montaña de los beni-snassen y la de los zekkara. Los otros ocupan esta última montaña y las colinas que están hácia el Sur.

Con sus primeros movimientos, el general las había arrojado, ya á la montaña de los zekkara, ya al Norte y Noreste de esta montaña; luego se había replegado sobre Sebdu para esperar el resultado de los ataques contra los beni-snassen antes de volver á emprender sus operaciones, que desde entonces debían combinarse con las del cuerpo principal.

Una vez impuesto el castigo á los beni-snassen, el general en jefe dispuso bajar de la montaña para dirigirse á la llanada de Angades, y luego hácia las vertientes situadas al Norte de la montaña de los zekkara. Prescribió al general Durieu que se apoderara al mismo tiempo, por medio de una marcha rápida, de los desfiladeros del Sur de esta montaña, pues por allí debían replegarse forzosamente las emigraciones á medida que fuera ejecutándose el movimiento del cuerpo principal, con el objeto de subir á las altas planicies y al Sahara marroquí.

Estas combinaciones tuvieron un éxito completo.

El general Durieu, que había salido de Sebdu el 3 de noviembre, pudo dar un gran golpe el 5, alcanzando y deteniendo en su fuga á todas las tribus que se habían ido echando hácia él.

Sus goums y su caballería se condujeron valerosamente; hicieron sufrir á los maia y angades pérdidas en hombres diez veces mayores que las que nos hicieron sentir en Sidi-Zahir y les cogieron un numeroso botín. La infantería llegó á tiempo para apoyar la vuelta, y además aquella misma noche pidieron los jefes de los maia y angades el aman y se rindieron á discreción.

Por su parte, el comandante Colomb, secundado por el cañonero Si-Hamza, había operado con la misma actividad, el mismo vigor y el mismo éxito contra la tribu facinerosa y turbulenta de los beni-guil. Habiale dado alcance en medio de sus campamentos el 3 de noviembre, á cinco marchas mas allá de la frontera, la hizo sufrir graves pérdidas y se apoderó de un botín muy considerable.



CAMPAMENTO DE LA COLUMNA EXPEDICIONARIA FRANCESA CONTRA MARRUECOS EN EL CAMPO DE BATALLA DE ISLY, A 12 KILOMETROS DE UCHDA.

Estos brillantes resultados obtenidos así simultáneamente en una línea que tiene cerca de cien leguas de longitud, completaban la campaña del cuerpo expedicionario y de las columnas del Sur.

Estas se habían replegado inmediatamente hacia la frontera con sus presas, y el cuerpo principal emprendió su movimiento con la misma dirección el 7 de noviembre. El 5 ya vivaqueaba en Sidi-M'hammed, país de los Zekkara. Caminando por el pie de la montaña, acampó el 7 en Metliti, el 8 en el desfiladero de Guemfuda y el 9 casi á la vista de Uchda, en el terreno ilustrado por la batalla de Isly.

Uchda había merecido también un castigo; exigió suparticipación en las turbulencias con una contribución de 98,000 francos y 100 mulos. Asistiendo el caid con su maglizen al pérfido ataque de Sidi Zahir, había desconocido evidentemente las instrucciones de su gobierno, que estaba en paz con la Francia; fué preso para ser conducido por mar á Tánger y entregado en esta ciudad al representante de su soberano.

El 11 han vuelto á pasar la frontera las divisiones para ir á establecerse en Sidi-Zahir, de donde han sido dirigidos los diferentes cuerpos á sus guarniciones respectivas, excepto seis batallones y cuatro escuadrones que deben constituir un pequeño campamento de observación hasta el momento próximo en que todo el país fronterizo vuelva á sus hábitos normales.



EXPEDICION DE LA CHINA. — UNIFORME DE LOS CAZADORES DE LA INFANTERIA FRANCESA.

### Expedición de la China.

UNIFORME DE LOS CAZADORES DE LA INFANTERIA FRANCESA.

Aunque todavía no se ha anunciado oficialmente la formación del cuerpo expedicionario que debe operar en la China, no hay ya ninguna duda sobre el envío de tropas á Canton por la Francia. Todo lo que se ha publicado hasta ahora acerca del reclutamiento de los voluntarios del ejército y los preparativos de una marcha próxima, confirma que el gobierno imperial sigue en la intención de contribuir al castigo que ha merecido el gobierno chino por la insigne traición de que se hizo culpable en Pei-ho. — Sabiendo pues á ciencia cierta que la expedición se llevará á cabo, damos aquí los figurines del uniforme adoptado para el 2º batallón de cazadores de infantería mandado por M. de la Potterie, que está designado para ir á la China. Los cazadores saldrán con chaquetilla y sombrero de ala ancha, y á bordo llevarán pantalón y blusa de lienzo. A su desembarque les devolverán la levita y las charreteras; el pantalón será de lienzo crudo. Este traje es muy propio para el clima, y tendrá la ventaja de dar mucha libertad de movimientos al soldado, y de preservarle del calor al propio tiempo que podrá renovarse fácilmente. El uniforme del oficial se resentirá sin duda de la libertad que la tolerancia del reglamento deja en tiempo de guerra. F.